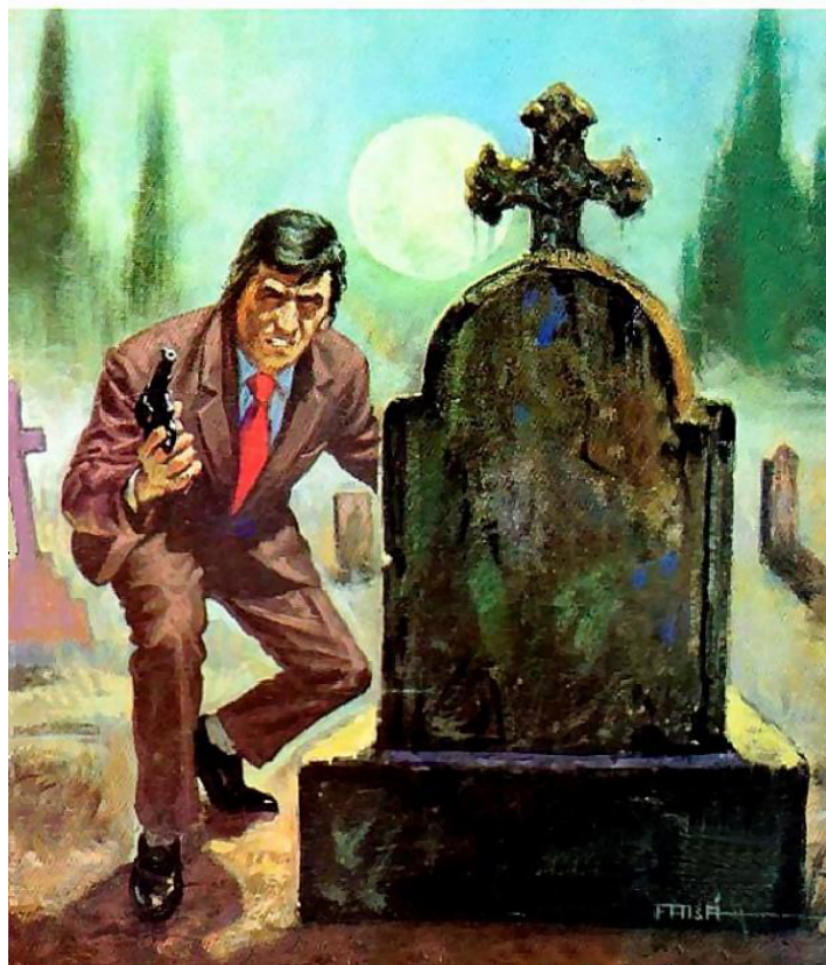


BOLSEROS BRILLANTE  
PUNTO  
ROJO

# no lleves flores al muerto

SILVER KANE





COLECCION

# PUNTO ROJO







SILVER KANE

## **NO LLEVES FLORES AL MUERTO**

Colección PUNTO ROJO n.º 753  
Publicación semanal



**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO





ISBN 84-02-02520-X

Depósito legal: B. 30.859 - 1976

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: setiembre, 1976

© Silver Kane - 1976  
texto

© Salvador Fabá - 1976  
cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor  
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.  
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.  
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1976



## CAPÍTULO PRIMERO

Luigi Bertone, miembro de la Cámara de Representantes elegido por el Estado de Nueva York, alzó su copa y pronunció el brindis final en aquella noche apoteósica, la noche en que se reunían para la gran cena anual los representantes de todas las asociaciones de la moralidad pública de la costa atlántica de Estados Unidos.

—Nos hemos encontrado aquí —dijo—, para reafirmarnos en nuestros propósitos de que la moral, la decencia y los valores espirituales de Estados Unidos sean mantenidos. Nosotros, representantes de todas las asociaciones que velan para que este país no se corrompa, prometemos seguir luchando contra las drogas, el alcoholismo y especialmente contra la prostitución, que consideramos una de las lacras de la humanidad. Brindo por la perfección moral de este país, por el buen orden dentro del mismo y por la abolición de todas las formas del vicio. Que la suerte nos acompañe.

Todos los reunidos en torno a la larga mesa se habían puesto en pie. Alzaron igualmente sus copas. Una exclamación unánime resonó:

—¡Que la suerte nos acompañe!

Luego bebieron en silencio, como si aquello fuera una especie de acto religioso, y luego la reunión se disolvió. Los ilustres invitados se fueron despidiendo para dirigirse a los lujosos automóviles que les esperaban a las puertas del Waldorf Astoria.

Allí estaba Herbert, el banquero que cada año daba elevadas sumas para evitar la prostitución en el país.

La señora Mathews, que tenía un hogar-residencia para chicas descarriadas. El señor Larrigan, que en su programa electoral para el Estado de Illinois había incluido la promulgación de una nueva Ley Seca. Estaba, el reverendo Maxwell, cuyas pláticas morales eran difundidas por la radio y la televisión de un lado a otro del país.

Todos habían acudido a la llamada de Luigi Bertone, todos creían en él, todos comulgaban en unos ideales que podían ser resumidos en tres palabras: Decencia, Virtud y Patria.

Los miembros de la Legión Americana que habían acudido al banquete fueron los últimos en marcharse. Éstos eran tan entusiastas, que incluso habían traído alguna bandera. El gran salón de gala quedó solo, a excepción del propio Bertone y de los camareros que iban retirando, silenciosamente, el servicio de las mesas.

Luigi Bertone encendió un cigarro. Había tenido un día muy agitado, pero su prestigio estaba más alto que nunca. Mientras exhalaba una columnita de humo salió en último lugar del viejo y prestigioso hotel y dirigió un saludo a un abanderado que llevaba una enseña blanca con las palabras-símbolo de la asociación: Decencia, Virtud, Patria.

El chófer abrió el lujoso «Mercedes 600» de importación, digno de un jefe de Estado, que Bertone empleaba para los actos sociales. El potentado fue a entrar.

Y se encontró con aquellas piernas seductoras.

Se encontró con aquella cara preciosa, por cuya exclusiva hubiera pagado el *Playboy*, una fortuna.

Pero se encontró, también, con aquella mirada dura, fría; con aquellos ojos inhumanos y en los que no había más que un fulgor metálico.

Muy pocos hombres de los que figuraban algo en el país hubieran dejado de extasiarse ante la maravilla que esperaba en el «Mercedes», pero Luigi Bertone hizo un gesto de disgusto. Mientras tomaba asiento al lado de la preciosa mujer, le clavó tal codazo en la mandíbula que por poco le rompe la boca.

Ella no gimió ni protestó.

Parecía estar acostumbrada a que ningún hombre la tratara como a una señorita.

—Te he dicho que no vengas a mis reuniones públicas —masculló Bertone—. ¡Nunca!

E hizo una seña al chófer para que arrancase. Éste encajó bien la pistola que llevaba en la funda axilar para que no se notase el bulto y partió, a poca velocidad, por las calles casi desiertas. Otro coche les siguió a poca distancia; un «Buick» con tres hombres armados

que debían garantizar la vida e integridad del importante señor Bertone.

La chica, haciendo caso omiso de la advertencia, murmuró:

—Éste es el coche blindado, ¿verdad?

—Sí. Es el mejor que tengo. Pero no desvíes la conversación, pequeña zorra.

La *pequeña zorra* ya no era una niña, pues había cumplido los treinta años, pero conservaba toda su belleza y, especialmente, la tersura de su piel. Mientras cruzaba las piernas provocativamente, susurró:

—Si he pedido al chófer que me dejara esperarte aquí es por algo urgente. No creas que a mí me gusta ver la cara de todos esos paniaguados a los que reúnes en las cenas. Y en cuanto a lo de *zorra*, creo que tengo algo que decir. No me llamabas eso cuando yo era una muchacha decente hace diez años. Y sabes tú perfectamente quién hizo que dejara de serlo.

Ahora el que desvió la conversación fue Bertone. No le gustaba aquel tema. Mientras señalaba despectivamente hacia atrás, hacia el hotel, dijo:

—Esos paniaguados, como tú les llamas, son los que garantizan mi permanencia en la Cámara de Representantes de Estados Unidos. Los que me buscan los votos y los que, además, van a impulsarme a las más altas esferas del país. Lo primero que debes aprender, sin embargo, pequeña idiota, es que obran de buena fe. Todos creen en los ideales por los que están luchando. Son tipos que sólo prueban el alcohol una vez al año y apenas nunca tocan a una mujer.

—Y tú te aprovechas de su prestigio.

—Mis negocios requieren una sólida cobertura moral —dijo Bertone, como si eso lo explicara todo—. En los campos donde yo actúo hay muchos competidores, y no podría derrotarlos si mis métodos fueran tan chabacanos y tan faltos de imaginación como son los de los otros. Para repartir bien la droga y para fomentar la alta prostitución, no se puede estar rascándose uno en la esquina de la Calle 42 y Broadway. Hay que estar en los Bancos, en los consejos de administración y en las ligas morales de defensa del país. Así te llegas a convertir en un hombre inatacable, en un hombre del que nadie sospecha.

Paseó la mirada por la espléndida chica, pues en el fondo le

gustaba que ella hubiera venido, y susurró:

—Bueno, ¿qué es ese asunto tan importante?

—Gema.

—¿Qué pasa con Gema?

—Se ha rebelado. Dice que quiere volver a Europa. Que ella no sigue así.

Bertone se encogió de hombros con indiferencia.

—Lástima —dijo—; se había especializado en diplomáticos y en gente de altura. A veces me explicaba secretos que luego podía vender y me daba buenas pistas para los negocios de los Bancos.

—¿Qué hacemos con ella, Luigi?

—Está bien, que se vuelva a Europa.

—¿Y vas a renunciar a una chica así? ¿Tú sabes lo que *produce*? ¿Y lo que sabe?

—Cuando una chica se empeña en dejar de producir, ya no produce —murmuró Bertone—. Es un peligro. Llega a pedir ayuda a cualquier hombre por el que se sienta interesada, y lo peor es que siempre encuentra quien se juegue el tipo por ella. Llega a representar un grave peligro. Lo dicho: que vuelva a Europa. Dile que, a título de cortesía, yo mismo le regalaré el pasaje en un trasatlántico de lujo.

Los ojos de la preciosa mujer relampaguearon con un fulgor más helado y metálico que nunca. Luego susurró:

—¿De modo que, encima, un premio?

—Pequeña zorra, pequeña idiota, pequeña degenerada —dijo él, con un desprecio reconcentrado en la voz—. Esa fugitiva no llegará jamás al puerto de arribada. Yo haré que alguien más viaje con ella. Peter, por ejemplo, al que Gema no conoce. Servirá de pasto a los tiburones, a la segunda o tercera noche.

Y dio el asunto por terminado. La chica ni siquiera había hecho una mueca, como si aquélla fuese una orden rutinaria y que no llamara la atención. Luego musitó:

—También tenemos problemas en San Luis. El último cargamento no llegó a tiempo.

—Advierte a Zappa que si eso vuelve a suceder lo pagará caro. Nada más. Él ya lo entiende.

—Habría que instalar un nuevo centro de reunión en Los Ángeles. A causa de la diferencia de horario aún llegaré a tiempo de

telegrafiarles esta misma noche, para que lo reciban en horas de oficina. Dice Giorgio que el reclutamiento de chicas de las que hacen de extras en los estudios ha disminuido mucho, últimamente.

—Dile que pensaré en eso. Es un asunto que me preocupa —susurró Bertone reflexivamente, con un gesto de cansancio—. ¿Algo más?

—Sí. Esto.

Y la hermosa mujer sacó una foto de su bolso de piel de cocodrilo. La foto era de cuerpo entero. Mostraba a una muchacha de unos diecinueve años, vestida de negro y con la máxima sencillez. Se había gastado muy poco en lo que llevaba puesto encima. Pero su cuerpo se adivinaba tan duro, turgente y poderoso bajo las ropas, sus líneas eran tan acusadas, su rostro tan angelical, que Luigi Bertone quedó extasiado.

—¿Quién es ese bombonazo? —preguntó.

—Tu sobrina.

—¿Queeeeeé?...

—¿Es que no la conoces? ¿Tan pronto te has olvidado de ella?

—Llevaba cuatro años sin ver una foto suya —dijo Bertone, mientras se pasaba la lengua por los labios secos.

—Pues has estado manteniendo a su familia desde que ella nació. Le has pagado los estudios. Y ahora va a venir a Estados Unidos porque quiere darte las gracias.

Luigi Bertone cerró, un momento, los ojos, mientras se arrellanaba mejor en la mullida tapicería del «Mercedes Diplomatic 600». La familia... Su pensamiento vagó un momento hacia aquel pasado que ya era historia; hacia los pueblos blancos, entre montañas; hacia las rutas de la pobreza de las que él había salido para convertirse en uno de los hombres más importantes de la costa atlántica de Estados Unidos. Jamás había vuelto allí, a la Sicilia de sus mayores, pero los lazos seguían. Con voz opaca preguntó, al fin:

—¿De dónde viene?

—Sale, dentro de pocas horas, del aeropuerto de Catania, pero si tú quieres, aún se puede evitar.

—No. Que venga.

La mujer rió silenciosamente. Parecía incapaz de aquello, pero al final resultó que sabía reír. Con voz chirriante, preguntó:

—Una chica así puede dar una montaña de dinero, ¿verdad?

—Sí.

—¿Pensabas en eso cuando la convertiste en una señorita?

—No sé. Tal vez.

—¿Te... interesa?

Bertone cerró un momento los ojos. Sus pensamientos se hicieron tan tortuosos, que casi se avergonzó. Luego, dijo, con voz suave:

—No lo sé.

—De acuerdo, es todo lo que necesitaba saber esta noche. Enseguida me pondré a trabajar, ¿comprendes? Puedes decir al chófer que me deje cerca de mi casa, a la altura de la Calle Sesenta.

La mano izquierda de Bertone se alzó, denegando.

—No —dijo—. Tú vienes esta noche conmigo. Puedes poner los telegramas desde casa. Para eso te pago.

—Sí, amor mío —dijo ella, con voz opaca—. Tu pequeña idiota y tu pequeña degenerada está a tu disposición. Lo que tú mandes.

Los dos se detuvieron en una lujosa residencia de Riverside Drive, en la parte alta, enfrente del Hudson. Era una casa de dos pisos, con jardín privado, piscina climatizada y pista de tenis. Una auténtica jauría de perros salvajes recorría el jardín por la noche, de modo que resultaba imposible entrar en él, pero todos se amansaron al oler al dueño. Los sistemas de seguridad fueron desconectados para que Luigi Bertone pasara. Los guardaespaldas que estaban en los puntos estratégicos saludaron respetuosamente.

Los cristales de las ventanas eran a prueba de balas, un sistema de radar captaba la presencia de todo visitante inesperado, los perros recorrían el jardín, los guardaespaldas estaban atentos... Ni siquiera los especialistas de la CIA, con todos sus medios, hubieran podido matar, allí, al honorable Luigi Bertone, defensor de la moral en la costa este de Estados Unidos; el hombre a quien todo el mundo amaba.

Pasaron a la habitación principal, en el primer piso, que era el *sancta sanctorum* del imperio de Bertone. La chica dijo, con expresión plácida:

—¿Me pongo cómoda?

—No. Me gustas más así. Espera, voy a darme una ducha caliente.

Y se metió en el baño. La verdad era que estaba nervioso y cansado, y necesitaba aquella especie de *relax*. La chica se sentó en el diván que había enfrente de la cama.

En el espejo frontero veía desdibujarse sus preciosas piernas. Sonrió. Aún estaba en forma, ésa era la verdad. Luego llamó por un número interior al teléfono que estaba en el cuarto de baño.

—Luigi —dijo—, no me he acordado de pedirte que desconectaras la escucha de los teléfonos. No conviene que ninguno de tus hombres se entere de los telegramas que dicto.

—Sí, claro. La llave está en el cajón de mi mesilla. Úsala.

—Gracias.

Ella tomó la llave y la introdujo en una pequeña ranura, en la base del teléfono. Todas las comunicaciones eran controladas por el servicio de vigilancia de la casa, para evitar traiciones, pero con aquella llave se podía desconectar el servicio de escucha. La mujer dictó los telegramas, de acuerdo con lo que estaba convenido, pero luego hizo otra llamada que nadie controlaría. Ésta fue muy breve.

La voz que respondió era chirriante y metálica.

Dijo tan solo:

—Cada hombre en su tumba.

Era el título de una novela que se hizo famosa, casi veinte años atrás. La mujer respiró tranquila porque sabía que el mensaje llegaría bien. Dijo, sencillamente:

—Todo perfecto. Ha entrado en la ducha.

Y colgó.

En aquel momento Luigi Bertone había terminado de desvestirse. Se miró en el espejo y notó una vez más —¿para qué engañarse?— que su cuerpo se iba haciendo flojo, flácido. Hizo un gesto de desagrado y se metió bajo la ducha.

Hizo girar la llave del paso del agua.

Y el chorro se abatió sobre él.

Recibió, de lleno, la caricia del diablo. Recibió la llamada del infierno.

Lo que estaba recibiendo sobre su piel, sobre sus cabellos y sus huesos, no era agua. Era... ¡era fuego derretido! ¡Era algo que le destrozaba los músculos, que le carcomía los labios! ¡Era un líquido que le había dejado ciego, que le estaba quemando vivo!

El pensamiento penetró como un rayo en su cerebro torturado.

Aquello era... ¡era ácido sulfúrico!

Lanzando un grito de horror, un aullido estremecedor que recorrió la casa entera, Luigi Bertone intentó salir de allí, pero le fallaron las fuerzas. El agua mezclada al ácido sulfúrico había provocado una densa humareda en la que su cuerpo se abrasaba. La piel había saltado, la carne se abría horriblemente, los huesos quedaban al descubierto.

Era un espectáculo dantesco.

Una situación así no la hubiera imaginado Luigi Bertone ni en la más alucinante de las pesadillas.

El grito de horror volvió a estremecer las paredes.

Al fin logró atravesar las mamparas de plástico que separaban el departamento, de la ducha, y salir de allí, pero ya no era un hombre vivo. Era un cadáver que andaba. Su cuerpo ya no existía.

Con un último estertor, se estrelló contra la pared.

Poco a poco resbaló sobre el pavimento de mármol. Una densa humareda seguía emanando de su cuerpo. Toda la habitación se convirtió en una sucursal del infierno, en el recinto de una pesadilla.

## CAPÍTULO II

El teniente Lane se deslizó como una sombra junto a las paredes de la vieja Morgue y se subió un poco las solapas del gabán, que ya empezaba a estar raído. Hubiera podido comprarse otro, pero él tomaba cariño a las prendas de ropa y a los trastos viejos, y se separaba de ellos muy difícilmente. Pasó los dedos por su barba y comprobó que no se había afeitado en dos días. A sus treinta años quizá hubiera podido decirse que era un atleta, o un investigador eficiente, y hasta un policía con porvenir, pero de ningún modo podía decirse que fuera un *gentleman*.

Sacó un arrugado paquete de tabaco, vio que ya no quedaban cigarrillos y lo depositó delicadamente en la mesa de uno de los muertos. Luego penetró en aquella especie de celda llena de vísceras humanas donde trabajaba el doctor Spectro.

Quizá ése no fuera su verdadero nombre, pero nadie le conocía otro. Spectro realizaba las autopsias especiales, las más delicadas, aquellas de las que la policía esperaba un informe completo. Metido siempre entre vísceras humanas, aquel hombre despedía un olor a formol que teñía de amarillo, incluso las paredes.

Arrugó el ceño al ver a Lane.

Según su respetable opinión, Lane daba más asco que él mismo.

—¿Qué has venido a hacer aquí? —murmuró.

El teniente dijo un solo nombre:

—Bertone.

—Lo has oído, ¿eh?

—Me han mandado que lo oliera.

—Bueno, ahí está.

Y alzó la sábana de la única mesa que en aquel momento estaba ocupada en su sagrado recinto. Lane miró hacia allí. Y, de repente, tuvo un estremecimiento.

Había visto muchas cosas en su vida, pero ésta era de las peores.

Resultaba mucho más macabro que un cadáver pasto de las llamas. Lo que quedaba de Luigi Bertone, tan moralista y tan poderoso, era apenas un amasijo de carne y huesos devorado por el ácido. Ver aquello causaba una especie de náuseas. Y de compasión. No se sabía qué, pero era inolvidable.

Spectro gruñó:

—¿Qué te parece?

—Apetitoso —dijo Lane.

—Nunca había tenido un trabajo más innoble. Ni siquiera he podido hacer bien la autopsia, pero el resultado está bien claro: ácido sulfúrico.

—¿En qué cantidad?

—En cantidades industriales, muchacho. Litros.

—¿Pero cómo pudieron hacerlo?

—Eso no lo sé. Tendrás que averiguarlo tú, Lane, pero lo que puedo decirte es que el chorro llegó desde arriba.

—Mezclado con agua, supongo.

—¡Oh, sí!

Lane hizo una mueca.

—Buen trago —dijo.

Y salió de allí. No necesitaba saber nada más, porque, prácticamente, lo había visto todo. El problema estaba en saber quién había identificado a Bertone, porque estaba casi irreconocible, pero de eso ya se ocuparía más adelante, o mejor dicho, se ocuparía el Fiscal del Distrito. Él tenía cosas más urgentes que hacer.

Subió a su coche.

Buen petardo, aquél.

De los seis cilindros, cuatro funcionaban mal. Se tragaba la gasolina con manguera. No iba a más de cincuenta millas por hora, pero eso sí, frenaba bien. Y para Lane era otro trasto querido de los que tanto le costaba desprenderse.

Fue con él a Riverside Drive y se detuvo ante la que había sido mansión de Luigi Bertone. Sabía bien dónde vivía, como lo sabía casi todo Nueva York, pero un tipo tan modesto como Lane no había estado, jamás, allí dentro. Le impresionaron la magnificencia, el esplendor, la riqueza de aquella jaula. Mientras caminaba por el sendero, entre el jardín, oyó ladrar lastimeramente a los perros.

La puerta del edificio estaba materialmente rodeada de coronas. Como el cadáver iba a ser conducido allí después de la autopsia, todas las entidades morales, cívicas e incluso patrióticas, del país, se habían apresurado a enviar toneladas de flores para el último viaje.

Un policía de los que montaban guardia a la entrada le saludó.

—Todo en orden, teniente.

—¿Aún están ahí los fotografías?

—No. Acaban de irse. Quedan un par de técnicos.

—Mejor.

—Oiga, así da gusto, ¿eh, teniente?

—¿A qué te refieres?

—A las flores. Menuda despedida...

—Es que Bertone era un hombre importante —dijo, pensativamente, Lane—, uno de esos tipos que hacen que el país sea grande.

Y penetró en la mansión. El dinero se notaba allí hasta en el color del aire.

Sólo en un par de minutos identificó un dibujo de Goya, un Nonell, un Matisse, un Renoir y un Ingres, para que no faltase nada. Un tipo que podía tener aquella colección de pintura, digna de un museo, había de nadar en oro. Eso para no mencionar las alfombras del Turkestán, los marfiles africanos y las delicadas lacas chinas que adornaban los muebles. Para tenerlo todo, a Luigi Bertone no le había faltado más que tener unos litros de ácido sulfúrico sobre la piel.

Pero, sin embargo, aquella casa tan rica, tan admirable, destilaba tristeza. Había por todas partes crespones negros, lienzos color violeta y detalles de luto. Se respiraba en aquel ambiente un indefinible olor a muerte y se captaba una sensación agobiante.

Que, desde luego, nada tenía que ver con lo que Lane distinguió en una de las habitaciones del piso superior. Nada tenía que ver con aquellas piernas succulentas, con aquel escote pronunciado y con aquella leve sonrisa que era entre tentadora y turbia.

La chica se había sentado en una butaquita y no se preocupaba demasiado de la postura que había adoptado. Llevaba ropa interior de primera calidad, eso se notaba. Y tenía unos ojos hermosos, pero helados, casi inhumanos; unos ojos quietos, donde palpitaba una lucecita metálica.

Lane miró sus piernas. La chica llevaba detalles de luto; entre ellos medias negras, pero quizá eso lo había hecho para parecer más excitante. Lo único que dijo el teniente, fue:

—Usted no pertenece a pompas fúnebres, supongo.

—No.

—¿Quién es usted?

—Me llamo Mónica. Era una especie de secretaria de confianza del señor Luigi Bertone, a quien ojalá Dios haya perdonado los pocos pecados que cometió.

Lane se sentó frente a ella y la miró, pensativamente. No se había quitado el raído gabán ni parecía preocupado por su indumentaria, más bien pobre. Lo único que hubiera podido decirse era que aquella chica tan exuberante, tan perfecta, ejercía sobre él una especie de fascinación.

—Mónica Cronwell —dijo, como si recitara una ficha—, prostituta cara desde los quince años, especializada en hombres de negocios y en visitar hoteles de lujo. Un matrimonio a los dieciocho y un marido que la palma misteriosamente, dejando en el aire una bonita fortuna. Mónica Cronwell da dos veces la vuelta al mundo, juega en Montecarlo y en Estoril, vive como una duquesa de la antigua época y acaba más pobre de lo que empezó, pero con una fantástica experiencia de lo que son los hombres, lo que es el mundo y lo que es el dinero. Corríjame si me equivoco, Mónica. Un año después se convierte en la amiga de un tipo que defiende la moral, que lucha contra la prostitución y que está considerado como uno de los campeones de la ley, en Estados Unidos. A cambio de aguantar unas cuantas guarradas, a las que, por otra parte, ya se había acostumbrado, cobra un sueldo fantástico y unas excelentes comisiones. Por sus especiales conocimientos, ella sirve de enlace entre Bertone y sus agentes especializados en juego, drogas, corrupción administrativa y sexo. Llego un momento en que tiene tanto poder como Bertone y todos la temen, aunque sigue sometida a una esclavitud: cuando al gran jefe le da la gana, tiene que someterse a sus caprichos. Dígame si he olvidado algo, Mónica, porque con mucho gusto lo incluiré en la ficha.

Mónica dijo, sencillamente:

—Sí, falta un dato. Pese a todo lo que he vivido, me siguen gustando los hombres. *Algunos* hombres. Y mis piedras preferidas

son las esmeraldas.

Pese a aquella colección de datos que era, en realidad, una colección de acusaciones, ella no se había alterado en lo más mínimo. Lane le ofreció cigarrillos, pero eran de una marca detestable. La hermosa cortesana hizo un mohín de asco.

—Ignoraba que la policía supiera todas esas cosas de Bertone y de mí —dijo—. Y si las sabía; ¿por qué no le detuvieron? ¿Por qué permitieron que siguiera enarbolando la bandera blanca de la virtud? A ése, al muerto, sólo le faltaba vestirse de primera comunión para dar más sensación de buena persona. ¿Eh? ¿Por qué lo consintieron?

—Por aquello de que «más dura será la caída» —dijo, pensativamente, Lane—. Bertone se hubiera caído con todo el equipo y hasta con banda de música, pero necesitábamos pruebas. Estábamos reuniendo un *dossier contra él, y lo que puedo asegurarle es que la policía no ha sentido su muerte. Un poco más y declaramos esa fecha Fiesta Nacional, de tan contentos que estamos, pero, de todos modos, hemos de investigar su muerte y hallar un culpable. Y ahora voy a hacerle una proposición, Mónica Cronwell: ayúdenos y la ayudaremos. Si fue usted quien lo despachó y nos da, además, unos cuantos datos, le prometo que sale a la calle en dos años.*

Era el eterno y sucio acuerdo de las autoridades con el crimen para evitar un mal peor, pero ella negó con la cabeza. Dijo fríamente:

—¿Por qué había de matarlo yo?

—Supongamos que para quitárselo de encima y para hacerse con una parte, al menos, de su imperio. Son dos buenas razones, ¿no?

—Caso de querer liquidarlo, lo hubiera hecho a mi manera —dijo Mónica, con la mayor frescura—. Oportunidades no me faltaban.

En aquel momento entró uno de los técnicos. Era un subordinado de Lane, pero vestía mucho mejor que él. Con un gesto de admiración ante la chica, murmuró:

—Ha sido asombroso. Alguien conectó un depósito a la tubería principal que trae el agua de la ducha. Lo llenó con agua hasta, aproximadamente, la mitad, y la otra mitad la llenó con ácido sulfúrico. No pudo hacerlo al revés, o sea el agua más tarde, porque

entonces la mezcla hubiera saltado. Esa combinación siniestra permaneció así unas horas, hasta que Bertone se duchó, y entonces se derramó sobre él. No hay ninguna duda sobre eso, porque hasta los conductos de la fontanería están quemados.

Lane ya había imaginado algo semejante al ver el cadáver, aunque la técnica tan cruel y tan especial de aquel crimen no dejó de causarle un cierto asombro. Pero algunas cosas empezaban a estar claras, y por eso miró nuevamente a Mónica Cronwell.

—Supongo que vinieron unos fontaneros —dijo—. ¿Quién los avisó?

—Supongo que el mismo Bertone.

—¿Es que Bertone tenía tiempo para ocuparse de esas cosas?

—No es que tuviera tiempo, pero lo sacaba. Para todo lo que significara hacer obras o reparaciones en su propia casa tenía gente de la mayor confianza, y la avisaba en persona. No quería que vinieran algunos extraños y pudieran, por ejemplo, instalar un micrófono o poner una bomba.

—Comprendo —y Lane hizo una seña a los técnicos para que se largaran—. Por consiguiente, nadie sabe quién fue la persona avisada, ¿verdad? El muerto ya no lo puede explicar.

—No, claro que no. Pero, en todo caso, pruebe, teniente. A lo mejor lo consigue, si le tira un poco de lo que le queda de lengua.

—Tiene usted un admirable buen gusto, Mónica. Lo probaré. Y ahora dígame una sola cosa: supongo que Bertone estaba temiendo a cada momento que lo mataran, ¿verdad?

—Claro que sí, y me parece absolutamente lógico. La gente no sabía quién era, realmente, pero sus competidores en los negocios sí que lo sabían. Y le daría una docena de nombres de tíos que hubieran estado dispuestos a quitarlo de en medio. ¿Quiere que se los dé? Luchino, Pavese, Wissental, Mac Anna...

—... Logan, Murray, Sotto, Gualfieri... —siguió diciendo el teniente, cuando ella se calló. Mónica hizo un mohín.

—Los conoce usted mejor que yo, teniente —dijo.

—Hace tiempo que observo a Bertone. Conocer sus amigos y sus enemigos no resultaba tan difícil.

Y se puso en pie. Tímidamente se sacudió la ceniza que el apestoso cigarrillo había dejado en su gabán. En vista de que no había ceniceros se guardó la colilla en uno de los bolsillos.

—Me sabría mal estropear estas magníficas alfombras —dijo.

Y salió. Cuando estaba ya en la puerta se volvió levemente, para decir:

—¡Ah, una cosa! Hay algo, en la investigación, que no sabía.

—¿Qué?

—Que sus piernas fueran de tan alta calidad. Lo apuntaré para que no se me olvide.

### CAPÍTULO III

Apenas había salido el teniente, cuando Mónica Cronwell fue hacia la mesilla, extrajo la llave y avanzó hacia el teléfono con sus pasos largos y elásticos. Desconectó el servicio de escucha —que ahora debían estar utilizando los policías en lugar de los hombres de confianza en Bertone—, y disco un determinado número.

La voz gangosa y metálica, dijo:

—Cada hombre en su tumba.

Mónica jamás había oído la voz de la persona que poseía aquel teléfono, porque, en realidad, ella llamaba a un contestador automático, el cual recogía sus palabras en cinta. Nunca se había establecido la menor relación entre aquella persona y Mónica Cronwell, pero eso no le importaba a la mujer. Aquel sistema de trabajar, tan cauteloso, tampoco le molestaba.

—Cada hombre en su tumba —repitió la voz.

Hubiera continuado así indefinidamente, hasta ponerse a hablar Mónica. La propia voz de ésta la desconectaba.

La mujer susurró:

—Informo brevemente. La policía ha descubierto todo el sistema, pero eso estaba ya previsto. He dicho que a los fontaneros los llamó el propio Bertone, con lo cual nunca sabrán a quién llamó, realmente, y perderán del todo la pista. No tienen la menor idea de que los hice venir yo. Pero existe el peligro de que esos hombres lleguen a hablar.

Hizo una pequeña pausa y añadió:

—Por eso tienen que ser eliminados.

Otra pequeña pausa.

Oía al otro lado del hilo el leve *ras-ras* de la cinta magnetofónica.

—La policía va a investigar entre los rivales que Bertone tenía en sus negocios —añadió Mónica—. Por lo tanto, va completamente

desorientada.

Y colgó.

Una suave sonrisa flotaba en su rostro.

Se sentía tranquila del todo.

Y la sonrisa era tan suave, tan dulce que hasta de verdad Mónica Cronwell parecía una buena chica.

Lane descendió por las oscuras escaleras, pasó al lado de dos tíos que estaban mariposeando por allí, llegó a la planta baja donde estaban los billares y se encontró con Macho Pavese.

Macho Pavese, el marica más importante de la costa atlántica le miró con los ojos entornados y con un taco de billar en la derecha.

—Lástima de negocio —dijo.

Lane gruñó:

—¿Qué pasa? ¿No sirvo?

—Todo lo contrario. Aún estás de buen ver, teniente. En determinadas casas de Central Park aún darían un buen precio por ti.

Lane no se ofendió demasiado, porque no valía la pena. Al fin y al cabo estaba en el centro de invertidos más importante de la ciudad. Hizo rodar una bola roja por el tapete, bajo la luz estentórea de la lámpara, y ni siquiera así consiguió que chocase con la blanca. No se podía negar que estaba en una pésima forma.

Pavese, el bello Pavese, que conocía a los viciosos más acreditados de la costa, se inclinó sobre la mesa.

—Oye, Lane —dijo—, tú estás en la Brigada de Homicidios, es decir en la basura, en la porquería y en la vomitadura de la ciudad. A ver si me entiendes: deja trabajar a la gente fina. Hasta ahora no te habías metido en nuestro terreno, pero si te vas a meter saldrás perdiendo, eso te lo juro.

El teniente tampoco contestó. Envío otra bola y esta vez dio de lleno. Claro que, con las manos, no tenía mérito.

Pavese dijo, sacando de pronto una voz de macho:

—Mira, petardo, la prostitución femenina está muy perseguida, porque no sé por qué se atribuyen a las mujeres todos los pecados del mundo. La prostitución masculina, en cambio, está más tolerada, y las chicas van desapareciendo de los rincones para ser sustituidas por los hombres. Tú dirás que eso es lastimoso y que da asco, pero yo digo que ése es mi negocio. Controlo a más de

cincuenta efebos que trabajan para mí, en diversos lugares de la costa, desde los despachos de la gente puritana de Boston hasta las *suites* de la gente de mal vivir de Florida. Me gano la vida, ¿y qué? ¿Vas a meterte en esto? ¿Qué te han hecho a ti, mi vida? ¿Recaudador de impuestos? ¿Inspector municipal de vicios caros?

Lane apretó peligrosamente los labios, lo cual era en el indicio de ira, pero tampoco quiso ofenderse. ¿Para qué...?

—Bertone ha muerto —se limitó a decir—. Lo han regado con ácido sulfúrico. Ha quedado de tal manera, que no pueden aprovecharse ni las uñas.

Pavese abrió la boca. Lane hubiese jurado que su asombro era sincero. Con voz entrecortada, el tío asqueroso farfulló:

—¿Bertone? ¿Y quién...?

—Eso es lo que quiero saber.

—¿Vas a sospechar de mí, petardo?

—Tú sacas varios millones de dólares al año, Pavese, y eso que trabajas en plan artesano —dijo Lane, quedamente—. Con tus hombres y con tu red, organizándolo todo en plan industrial, se puede obtener un beneficio fantástico, y yo diría que Bertone había olido eso. Según muchos indicios, se estaba metiendo en tu negocio.

Pavese pateó en el suelo.

—¿De veras? ¡El muy hijo de perra!

—No me digas que no sabías que te estaba haciendo la competencia, Pavese.

—Bueno, y si lo sabía, ¿qué? —preguntó el otro, calmándose de pronto, y mirándole con expresión helada.

—Puedes haberle quitado de en medio.

—¿Y por qué, yo?

—Primero porque los maricas no perdonáis nunca.

—¡Pues claro que no! ¡Con las guarradas que nos hacen...!

—Y segundo —dijo calmosamente Lane—, porque procurar que la víctima quede deformada es un delito típico de los invertidos como tú.

Pavese se acercó. Había tres tipos más con él, y los tres llevaban anillos con piedras preciosas de las que pueden destrozar, en unos segundos, la cara de un tío. De pronto sus expresiones ya no eran ni resignadas, ni amistosas, ni siquiera femeninas. Eran las caras de tres fulanos que van a por todo.

Uno de ellos dijo:

—No hagas investigaciones en lo nuestro, petardo. Hay gente gorda metida hasta el codo en las actividades que ejercemos, ¿sabes? Y la gente gorda necesita tranquilidad, sosiego y buenos tratos. Una investigación policial nos espantaría la clientela.

—Puede que la investigación sea necesaria —dijo Lane, suavemente.

Y tuvo que esquivar el primer bandazo. El taco de billar, disparado con toda la fuerza de un hombre, por poco le parte la cabeza.

El cilindro de madera se quebró en dos contra la mesa. En aquel momento una bola de billar salió disparada también. Y aquéllas eran bolas de marfil, bolas auténticas que valían una fortuna. Caso de alcanzar a Lane en la frente se la hubieran partido en dos.

La bola se estrelló contra una pared.

Por poco la cuarteó.

Pero eso no era todo, porque los cuatro tipos ya estaban allí. Los anillos brillaron. Para que nada faltase, uno de aquellos machitos llevaba pantalones ceñidos, botas de media caña y espuelas.

Quiso hacer un «envío» a Lane.

Si le llega a alcanzar le deja tieso.

Pero Lane le pudo sujetar por el empeine de la bota antes de que fuera demasiado tarde. Lo levantó bruscamente. El tipo salió dando una voltereta y se estrelló contra una de las lámparas, que se hizo añicos.

Mientras tanto, un puño cargado de anillos venía ya.

Lane consiguió esquivarlo solo parcialmente. La piedra se le llevó por delante medio lóbulo de una oreja. La sangre saltó.

Y eso puso de mala baba a Lane. Bruscamente disparó él, también, su pierna derecha. El impacto dio de lleno en el tío.

Lo envió, también, contra la pared. Cayó sobre el de las espuelas y hasta se dio un pinchacito. Sonó una maldición bastante fina en la que aquel tipo se acordaba hasta de la madre de Cleopatra.

Pero ahora Pavese ya estaba allí.

Lane hubo de dar una vuelta de campana sobre el tapete verde. Tropezó con la lámpara y también la hizo añicos.

Pavese vino sobre él.

Llevaba un cuchillo corto en la mano derecha.

No le importaba cargarse a un teniente de la Metropolitana, porque él tenía protectores muy altos, y, además, siempre podía decir que la cosa había sido durante una riña tumultuaria. El cuchillo rebrilló sobre la cabeza de Lane mientras Pavese gritaba con voz de falsete:

—¡Toma, toma y toma!

No se podía negar que tenía un mérito. Al menos era un marica sincero; no lo ocultaba.

Por tres veces, mientras gritaba «¡toma!», el cuchillo desgarró el tapete verde de la mesa de billar. Pavese nunca hubiera podido imaginar que Lane fuera tan ágil, que tuviera aquella especial movilidad de serpiente. Había oído contar muchas cosas de él en el campo de la violencia, pero nunca hubiese imaginado que estuviera tan en forma. Con tres contorsiones esquivó las tres puñaladas mientras, a su vez, preparaba la rodilla derecha.

El impacto que recibió Pavese en las ingles fue de los que mueven una locomotora. Tuvo la sensación de que todas sus vísceras de las ingles le iban a salir por la boca. Lanzó un grito, retrocedió y entonces recibió aquel terrible zurdazo en la cara. Dio una vuelta sobre sí mismo y tuvo un ronco estertor, mientras de sus narices brotaban dos hilos de sangre.

Ya era tiempo de volverse a mover, sin embargo.

Lane tuvo que agacharse a toda velocidad, porque otro tipo ya venía a por él, blandiendo sus anillos. El tipito tropezó con el obstáculo, puso los ojos en blanco, dio una vuelta de campana y se estrelló contra la puerta.

Pavese volvía a moverse. Con la cara llena de sangre, intentó atacar de nuevo. El puntapié en pleno cuello le hizo caer lanzando un alarido, con la sensación de que le habían roto la tráquea y no podría respirar nunca más. Fue una sensación tan angustiosa, que empezó a rodar por el suelo mientras de su boca se desprendía una espuma roja.

Lane se volvió sobre sí mismo.

No había sacado, aún, un arma.

Pero sus puños estaban preparados. Sus dientes chirriaban, mientras se dibujaba en su cara una mueca de odio.

Nadie más atacó. En la sala de billar, la mesa estaba inservible, dos lámparas aparecían hechas pedazos, una pared se cuarteaba y

unos cuantos tíos yacían en el suelo mientras se ponían perdidos los unos con la sangre de los otros. Lane masculló:

—¿Alguien más?

No hubo voluntarios. Pero por la cara de estupor de todos aquellos mariposones; por sus expresiones de sorpresa y de desconcierto, Lane adivinó que ninguno de ellos tenía algo que ver con la muerte de Luigi Bertone. Manejaban uno de los sectores más repugnantes del vicio y Bertone había querido meterse en él, por lo que era fácil que hubieran decidido quitarle de en medio. Pero ese pensamiento tan lógico —ahora lo comprendió—, no estaba de acuerdo con la realidad.

Ninguno de aquellos pajaritos de alas rosadas había sido el asesino. Tendría que buscar en otra parte.

Tomó una de las bolas de billar y se la metió en la boca a uno de los tipos, que la tenía muy abierta. Luego gruñó:

—Y no te meto el taco porque me das pena.

## CAPÍTULO IV

El capitán Frideman encendió un grueso cigarro, porque él sólo fumaba habanos. Miró de soslayo las fichas y luego gruñó:

—De modo que nada, ¿eh, Lane?

—No. Esos tipitos no han sido.

—¿Qué le han dicho sus hombres? ¿Cómo ha movilizado a la gente por las distintas ciudades de la costa?

—Toda la red de prostitución masculina que Pavese había organizado, está asustada —dijo el joven teniente, con aire absorto—. Sabían que Bertone quería controlar el negocio, pero no se ha captado ningún indicio de que hubieran decidido tirar por la calle de en medio. Quizá hubiesen resuelto matarle dentro de un año, cuando el peligro de intromisión fuera aún más grave. Ahora no.

—Pues entonces, si no han sido los maricas, ¿quién ha sido?

Lane hundió la cara entre las dos manos, mientras mantenía los codos apoyados sobre la mesa.

—Hay unos datos ciertos —dijo—, y el fundamental es éste: Luigi Bertone era uno de los mayores hipócritas de Estados Unidos. Su vinculación a sociedades moralistas y a círculos patrioterros le daba una máscara de impunidad que le permitía controlar gran parte de los bajos fondos de este cochino país. Su actividad se dividía, fundamentalmente, en tres campos: drogas, juego y prostitución masculina, que parece que es la que ofrece mayor beneficio, pero ya he visto que por ese camino no le ha llegado la muerte.

—¿Y por los otros? ¿Por las drogas, por el juego, por las chicas...?

—En el campo de las drogas, están investigando dos de mis especialistas. Si algo ha pasado, si alguno de los grandes jefes o *caídes* hubiese decidido que Bertone tenía que ser eliminado, yo lo sabré. Personalmente, mientras tanto, yo me voy a dedicar a otro

campo, que es el de la prostitución femenina.

—¿Y qué va a hacer? ¿Meterse con todas las zorritas que encuentre, hasta que se decidan a hablar? En este plan, mano va y mano viene, se puede pasar seis meses de espanto.

—No voy a andar por ese camino, capitán. Al contrario, tengo la sensación de que este crimen puede deberse a una decisión personal y aislada. Bertone corrompió a muchas personas, entre ellas a muchas chicas. Muchachas que fueron lanzadas a la calle, a ganarse el pan con el sudor, no precisamente de su frente. Cualquiera de ellas puede haber decidido vengarse. Las mujeres guardan las cosas, maduran los planes durante años y luego lanzan el golpe. Cuando se deciden, son mucho más crueles que los hombres, y una vez cometido el crimen no se arrepienten jamás. Lo consideran un acto de justicia, y en cierto modo, lo es. En un sentido puramente interno, no seré yo quien se lo reproche.

—¿Quiere decir que alguna de ellas decidió cobrarse lo que con ellas hicieron?

—Tal vez sí.

Y Lane guardó unos largos minutos de silencio. Durante rato y rato estuvo quieto, con la mirada perdida, la cara todavía hundida entre las manos y expresión ausente. El capitán Frideman gruñó:

—¿En qué piensa, Lane?

—En nada.

—No diga tonterías. Algo tiene metido entre ceja y ceja, y no es, precisamente, la anatomía de una chica. ¿De qué se trata, Lane? ¿Qué piensa?

—Nada de especial. Algo ya bastante antiguo.

—¿Qué es?

Lane pronunció un solo nombre.

—General Waxman.

Frideman alargó el cuello. Incluyó la cabeza.

—Waxman —gruñó—. Veinte pisos de altura desde un edificio de Filadelfia. La gran caída. La gran tortilla en el asfalto caliente. Los restos hubieran cabido en una caja de zapatos. Sí, ése era Waxman.

Había dejado el habano en el cenicero. Luego musitó:

—Pero de eso hace sólo tres meses. ¿Por qué dice que es bastante antiguo?

—Tres meses son una eternidad en un asunto de esa clase.

—¿Qué asunto?

—No me diga que no lo ha pensado, capitán. Waxman era un hombre que estaba bien situado y que sólo vivía para su trabajo. Un experto en secretos militares del Pentágono. Alta seguridad en todo, hasta cuando iba a cepillarse los dientes. Tenía que desconfiar hasta de su mujer. Vida retirada, monótona, poca paga, recelos y vigilancias. No, yo no envidio a un tipo así. Formaba parte de la Legión Americana y fue uno de los firmantes de la petición para que en Vietnam se empleara la bomba atómica. Decía que las guerras preventivas son necesarias, y una buena guerra preventiva era, para él, el lanzamiento de un par de bombas termonucleares sobre Moscú o sobre Pekín, lo mismo daba. Gran amigo de Bertone, por supuesto. Se les había visto juntos muchas veces, y eso es lo que me hace relacionarlos. Y, de pronto, ese hombre da el gran salto desde un rascacielos de Filadelfia. ¿Por qué? ¿Porque su mujer le engaña? No, eso no es fácil, porque tenía fama de virtuosa. ¿Porque quiere aumento de sueldo y no se lo han dado? Narices. No disponía de lujos, pero nada le faltaba para vivir bien. Pues entonces, ¿qué? ¿Una enfermedad incurable, ante la que tuviese miedo? Ésa podría ser una explicación. ¿Cuál podría ser la otra? Algo sobre su conciencia: ahí está la clave. Esos hombres tan rectos y tan crueles para con los demás, suelen ser también rectos y crueles para consigo mismos. A su modo, son virtuosos, pero Dios nos libre de los virtuosos a ultranza, de los que no perdonan nunca. Llevan las cosas al extremo con una facilidad que aterra. Waxman tenía algo sobre su conciencia, algo que le avergonzaba ante sí mismo, y por eso se quitó de en medio con una especie de asco. En eso estaba pensando, capitán, mientras ponía cara de funcionario cesante y estaba ahí con la mirada perdida.

Frideman dejó su habano. También tenía la mirada ausente. Con voz opaca, susurró:

—Pero eso, ¿qué tiene que ver con Bertone?

—Quizá nada. Que eran amigos.

—¿Y qué?

—Ya lo he dicho: seguramente nada.

—Además hay otra razón: ¿de qué diablos tenía que avergonzarse Waxman? No se ha descubierto ninguna filtración,

ninguna revelación de secretos, ninguna denuncia. En el Pentágono están tan tranquilos que aquello es una balsa de aceite. Waxman no se vendió. Y no me diga que nosotros podemos ignorarlo, porque sabe que no es cierto. Yo, al menos, lo sabría. A nivel de directivos de la CIA me habrían llegado confidencias para que vigilase a éste o aquél. Por otra parte, no hay que olvidar que yo estaba, accidentalmente, en Filadelfia cuando se produjo la muerte de Waxman, y aunque no era mi territorio, me pidieron colaboración como hombre de experiencia. Puedo jurar que ni un elemento del contraespionaje metió las narices allí. Fue un suicidio vulgar y corriente, con una sola particularidad: el fiambre pertenecía a un general del Pentágono. Por lo tanto, no existe la menor relación entre la basura de Bertone y Lane pareció salir de su extraño ensimismamiento. Su mirada perdida se hizo, de pronto, concreta y dura. Mientras alzaba la cabeza murmuró:

—Eso es cierto. Sólo por el hecho de que fueran amigos no se puede deducir nada. Investigaré en otro terreno, capitán, por ejemplo en el de las chicas que corrompió Bertone.

Y salió de allí.

La idea fija seguía clavada en su cerebro, pero, al fin, la desechó. Narices.

No tenía que buscar la solución en el Pentágono, sino entre las chicas que habían trabajado para el muerto.

Lane soltó el cigarrillo que había mantenido en los labios. Miró el largo bar ante cuya barra se alineaban las banquetas.

Pero lo que había en las banquetas era lo más importante. No iba allí a mirar la calidad de los muebles, sino la calidad de las muchachas que los estaban utilizando. Había allí de todos los tipos que pudieran existir, que para todos los gustos han de haber cosas en el mundo.

Aunque el bar estaba a nombre de persona interpuesta, había pertenecido realmente a Luigi Bertone. Era uno de los puntos de *trabajo* que tenía diseminados por la ciudad, y no precisamente el más caro. Las mujeres de auténtica categoría, las *call-girls* de lujo, no se exhibían por esos sitios.

El teniente miró a las chicas.

Ninguna de ellas llevaría luto por Bertone, el hombre que las

compró y las vendió. Ninguna de ellas lloraría su muerte. Pero estaban allí como si nada hubiera pasado, sujetas igual que antes a la cadena de la *producción*, esperando que todas las frustraciones de todos los hombres de la ciudad —o, al menos, de los que tenían unos cuantos dólares—, vinieran a consolarse en ellas.

Lane pasó al fondo.

Las chicas le miraban.

Los dos gorilas, también.

Un sitio de esa clase necesita protectores, necesita gentecilla que lleve las cuentas y que eche a los moscones, si hace falta. Lane era un moscón, de eso no cabía la menor duda.

Uno de los gorilas dijo:

—Qué gran honor, teniente. ¿Por qué no pasa?

Le señalaba la puerta que había al fondo. Lane pasó.

Y enseguida aquella rodilla se le clavó en el bajo vientre, enseguida aquel puño se le metió en el estómago, enseguida aquel gancho por poco le parte la lengua.

Quedó sentado en una de las butacas del despacho. El dolor de la ingle le subía en oleadas hasta el cerebro, pero se aguantó. Para eso le iban a dar una paga extra, dentro de seis meses.

—Da gusto ser teniente de la Metropolitana —dijo, en voz baja—. Todo el mundo te atiende enseguida.

De los dos gorilas que le habían atizado, uno se frotó los nudillos. El otro dijo, con la mayor educación del mundo:

—Oiga, marrano, éste es un sitio legal y no tiene por qué husmear aquí como si buscara a alguna colegiala. Hay gente alta que nos protege, ¿entiende? Si lo que quiere es alternar gratis con una chica dígalos, pero si busca otra cosa distinta será mejor que se largue.

—Bertone ha muerto —dijo Lane, con una sonrisa beatífica.

—¿Y qué? —masculló el otro gorila—. Ya no vale la pena disimular. Sabemos que usted sabe que esto era de Bertone. Y sabemos que usted sabe que Bertone la ha diñado, pero eso no cambia las cosas. Hay gente alta que nos sigue protegiendo.

—La misma policía —susurró Lane, con voz sin matices—. Sí, claro ya lo sé. La lista de policías que también chupan de esto, llegaría de aquí a la República de Honduras. Y lo curioso es que fueron abolidas las casas de tolerancia para proteger a las chicas, y

resulta que las chicas están más indefensas y explotadas que nunca. Convertir en delito lo que antes era legal, hace que el asunto lo pasen a manejar los delincuentes. Pero no voy a meterme en eso ni voy a pedir liarme gratis con una chica. Sólo quiero hablar con la gente, ¿de acuerdo? *Con-ver-sar*. Lo más sencillo del mundo.

El gorila pareció un poco desconcertado. Gruñó:

—¿Conversar sobre qué?

—Me interesan las chicas.

—¿Para qué? —masculló el otro—. ¿Para saber si alguno de nuestra red está metido en la muerte de Bertone?

—Eso podría haber ocurrido, ¿no?

—¿Ocurrir qué?

—Que alguien hubiera querido meterse en la red de prostitución femenina de Bertone. Llegar a echarle del negocio.

—¿Y que para eso le hubiera matado?

—Sí —dijo Lane.

Los dos gorilas se tocaron los nudillos a la vez. Mal síntoma.

—Lo cual indica que dentro de nuestra red podría haber un traidor, ¿no? —masculló uno de los gorilas—, alguien que hubiera dado los datos necesarios para la gran *pijada* de la muerte de Bertone. No, amigo. Aquí no hay traidores, y si los hay los castigaremos nosotros. No queremos que la policía meta las narices en nuestro ambiente, porque entonces también las meterá la prensa, y empezarán a salir nombres y esto se va a la mierda en tres días. De modo que largo de aquí.

—Tengo derecho a investigar —dijo suavemente Lane.

—¿Lleva permiso judicial para entrar en este despacho, que es propiedad privada?

—Vosotros mismos me habéis invitado a entrar —dijo Lane.

—Muy bien, pues entonces te invitaremos, también, a salir.

Y fueron a levantarle los dos a la vez. Eran vieja gente del *ring*, gente que se las sabía todas, y, además, pertenecientes a los pesos pesados, pero Lene también se las sabía todas. También se había pasado horas y horas en los *rings*. Sabía que en el mundo quizá se deba odiar la violencia, pero lo que no se puede hacer es ignorar que existe y no estar preparado para ella.

El teniente ya no estaba allí, cuando los puños fueron hacia él.

Había impulsado hacia atrás la butaca, tumbándola de espaldas

y dando un veloz salto de campana hacia atrás. La voltereta fue completa y, unos segundos después, estaba con los pies en el suelo, con los puños preparados y dispuesto a hacer frente a todo lo que pudiera venir.

Lo que vino fueron los dos gorilas.

Pero por poco tiempo.

Uno llegó con la cabeza baja.

Buen toro con mala baba.

Enseguida levantó la testa.

El gancho se le había llevado la mandíbula por delante.

Voló un diente.

Sonó un grito.

Alguien mencionó a la madre de alguien.

El segundo gorila ya venía lanzado también, pero abriendo la guardia, con los brazos caídos en el típico boxeo a la americana, esperando que el otro entrase.

Y Lane entró.

Pero con el pie.

Su enemigo dio un terrible salto, mientras aullaba de dolor, y fue a estrellarse contra la puerta. Ésta tembló, a punto de partirse.

El primer gorila volvió al ataque.

Pero ya parecía pesar menos, el tío.

Ya se sabe: un diente también pesa.

Lane lo enganchó con un *jab* de izquierda que lo envió contra el lado opuesto del despacho. El segundo, el de la patada en según qué sitio, volvió al ataque de nuevo.

Pero, igualmente, parecía pesar menos.

Llegó con tanta precipitación, con la guardia tan mal planteada, que su mentón fue como una tentación perfecta para los puños de Lane. Éste los disparó casi a la vez, en un  
uno-dos  
alucinante.

El gorila voló, materialmente.

Fue a dar con la puerta.

La rompió.

Aprobó, a la primera, los exámenes de vuelo sin motor.

Rodó por el bar.

Lane salió tras él.

No quería dejarle tiempo para que reaccionara. A esa clase de individuos, o los dejas K.O., del todo, o siempre vuelven a por tomate.

Pero el teniente ya no tuvo suerte, a partir de ese momento. Cuando se disponía a correr de verdad, una pierna femenina le hizo la zancadilla en el área de *penalti*. Lo malo de según qué mujeres es eso: se quejan del que las oprime, pero, a la hora de la verdad, lo ayudan. Fue una de las señoritas de su casa que estaban allí esperando al cliente, la que le entró con todo el zapato en plancha.

Lane cayó con mala pata. También aprobó, a la primera, el examen de vuelo sin motor. Recorrió toda la barra (eso sí, metiendo mano en todos los taburetes con intención de agarrarse) y al final fue a chocar con algo que le detuvo. Con algo que le frenó en seco y en donde se empotró su cabeza.

Con las piernas más bonitas que Lane había visto en toda su maldita vida.

Palabra.

## CAPÍTULO V

Como los dos gorilas habían desistido de atacar, para evitar nuevos escándalos, Lane pudo permitirse el lujo de mirar, tranquilamente.

La verdad era que llevaba años sin ver una cosa igual.

Piernas largas, jóvenes, esculturales, tensas.

Ropa interior de primera.

Cara perfecta.

Expresión inocente.

Ni una colegiala, vamos.

Y, encima, vestía de luto.

Las ropas de luto, quizá porque era un pesimista, le ponían animadito a Lane.

Pero ahora tenía que aguantarse. Se puso en pie y miró a la asustada muchacha cara a cara. De pronto sintió que una indignación sorda, una indignación profunda, indomeñable nacía en él.

Con voz brusca, dijo:

—Tú, desgraciada.

—¿Qué pasa?

—Eres menor de edad.

—¿Y qué?

—Casi nada. Que al menos vas a declarar contra éstos. ¡Hala, fuera!

Mostró su credencial. La chica parecía aterrada. Antes de que alguien pudiese reaccionar, la sacó de allí.

Su viejo bólido de la Gran Guerra estaba en la puerta. Casi la empujó al interior. La exhibición de piernas y de ropa interior de primera se hizo más inquietante.

La chica lanzó un gemido.

Pero ya no pudo quejarse más. Lane se situó ante el volante y

condujo, casi con rabia, hasta una de las avenidas de Central Park, apenas a cinco minutos de allí. De pronto frenó el coche y se volvió para mirar cara a cara a la muchacha.

Ésta dijo con voz ronca, donde palpitaba la indignación:

—Bueno, ¿y qué pasa ahora?

Hablaba un inglés perfecto, pero con acento extranjero. Lane sintió que su indignación se diluía para convertirse en una especie de sinuosa pena.

—Nada —dijo—, sólo he intentado protegerte, porque aquel sitio no era para ti. ¿Cuántos años tienes?

—Diecinueve.

—Lo imaginaba. ¿De dónde vienes?

—De Catania.

—¿Catania? ¿Sicilia?

—Sí.

—¿Y te habían dado esta dirección?

—Sí.

Lane cerró, un momento, los ojos. Otra vez su indignación subió y subió como el calor hace subir la columna de mercurio.

—Un caso clarísimo —dijo, pensando en voz alta—. Una trata de blancas internacional y de gran altura. Te han hecho venir para dedicarte al gran negocio. Perfecto... No vas a tener ningún lío y todo van a ser ventajas, si me dices una sola cosa: quién te hizo venir.

—¿Qué pretende con eso? —musitó ella.

—Tener un arma contra alguien. Saber que puedo empaquetar a todos los de la red, con pruebas en la mano, si no se deciden a hablar sobre cosas que me interesan mucho más que esto.

La chica demostraba una admirable serenidad, pese a estar inquieta. Había que comprender que, seguramente, aquél era su primer día en Nueva York y que todo se unía para que el mundo entero se le viniese encima, lo cual hacía más admirable la suavidad de sus modales y la calma de su rostro. De que era una mujer de clase, no cabía duda alguna.

—¿Trata de utilizarme como arma? —susurró.

—Digamos que sí, pero debo añadir dos cosas: primero, que trato de servir a la ley. Segundo, que saldrás beneficiada.

—Poco puedo decir, puesto que no sé nada —susurró la chica.

—La gente, al principio, nunca sabe nada —dijo, con paciencia, Lane—, pero yo te ayudaré. Por ejemplo, conocerás tu nombre.

—Sí. Me llamo Gina.

—Perfecto para ser italiana —dijo el teniente—. ¿Cuál es el apellido?

—Bertone.

—¿Queeeeeeeé?

Ella abrió mucho los ojos.

—¿He dicho algo malo? —musitó.

—¿Tú eres algo de Luigi Bertone?

—Sobrina carnal.

—Hija de un hermano...

—Sí.

—¡Infiernos...!

—¿Qué pasa? —musitó ella.

Pasaba. Claro que pasaba. Entre otras cosas, que la cabeza de Lane era un volcán. Por eso susurró quedamente:

—¿Murió tu padre?

—Sí. Y tío Luigi me pagaba los estudios. Todo lo más caro, lo más selecto. Me convirtió en una señorita.

—Eso está... está a la vista. ¿Por quién llevas luto?

—El luto es normal en Sicilia.

—Tú... tú sabes por qué... ¡jem...! ¿Sabes por qué te hizo venir Bertone a Estados Unidos?

—Para completar mi educación. Quería que visitase el país y fuera conociendo todo esto.

—¿Había alguna relación entre él y tú?

—¿Relación de qué tipo?

—Quiero decir si te conocía.

—En foto.

—¿Por lo tanto, no quería explotarte?

—Explotarme... ¿en qué? —preguntó Gina, con la mirada perdida, como si no hubiera acabado de entenderle.

—¿Tú venías en plan de gran señorita? —balbució Lane.

—¡Pues claro!

—¿Quién te recibió en el aeropuerto?

—Una mujer.

—¿Cómo se llamaba esa mujer?

—Mónica Cronwell. Me dijo que era la secretaria de tío Luigi.

—¿No te explicó nada más?

—No. ¿Qué había de explicarme?

Lane sentía que unas gotitas de sudor habían nacido en su frente. Mientras apretaba los puños sobre el volante, susurró:

—¿Y fue ella la que te dio esta dirección?

—Sí, claro. Ella...

—¿Qué te dijo?

—Que aquí encontraría a tío Luigi.

Y la muchacha musitó, con expresión incrédula, desorientada, mientras parecía vacilar por primera vez:

—Dime... ¿por qué no lo he encontrado? ¿Por qué aquella pelea? ¿Qué está sucediendo aquí?

Lane apretó los labios en una mueca amarga. Luego preguntó, quedamente:

—¿No tienes otra dirección en la ciudad?

—No, pero llevo algún dinero.

—No te preocupes por eso. Si es necesario, lo pagaré yo. Voy a llevarte al hotel Edison, que es un lugar decente.

Y puso de nuevo en marcha su mastodonte de seis cilindros, a pleno rendimiento. No dejó de tener una agradable sorpresa, porque de los seis ahora solamente fallaban cinco. Pero no pronunció una sola palabra mientras atravesaban Manhattan, hasta que se detuvieron en las inmediaciones de la Octava Avenida. Allí descendieron los dos.

Cuando dejó a la muchacha en su habitación del hotel, no podía evitar sentir una profunda amargura, y también una sorda rabia.

## CAPÍTULO VI

Ella llevaba sólo media hora levantada. Acababa de salir de la ducha cuando lo encontró. Se cubría los hombros con la toalla cuando, de pronto, aquella especie de zarpa le empujó violentamente.

Su cuerpo poderoso, lleno de curvas sólidas y tensas, fue a parar sobre la cama. Un sordo gemido resonó en la habitación. Lo primero que ella pensó fue que iban a asesinarla.

Pero, de pronto, abrió muchos los ojos para mirar frente a sí.

Y vio al tipo.

Sólidos hombros. Buena planta.

Ojos helados.

Boca donde había un rictus amargo.

—Me gustan los hombres que tienen la boca como tú —dijo, tranquilamente, Mónica Cronwell—. Bienvenido a casa, teniente Lane.

Lane la sujetó por el pelo.

Casi la levantó en vilo.

Y, sin embargo, fue un gesto suave, que no hizo daño a Mónica Cronwell, o al menos ella estaba tan excitada que no lo notó si se lo hacía. Todo su cuerpo estaba tenso cuando oyó que Lane le preguntaba:

—¿Por qué?

—Supongo que te refieres a aquella pequeña zorra.

—Sí, supongo que sí. La pequeña zorra.

—De modo que diste con ella...

—Fue una cochina casualidad —dijo Lane, quedamente. Pero no has contestado aún a mi pregunta.

—¡Pues claro que he contestado! La he llamado *pequeña zorra*, ¿no? ¡Entonces ya está dicho todo! —gritó Mónica—. ¡Esa siciliana imbécil a la que su tío llenaba de oro, esa muñequita de salón, esa

Cleopatra de tres al cuarto, venía a Estados Unidos creyendo que Luigi Bertone era algo así como san Francisco de Asís, o quizá un discípulo de Pablo Sexto! ¡Pues iba lista! ¡Y yo quise demostrarle, desde el primer momento, en qué clase de basura estaba metida con sólo llegar aquí, y con qué clase de gentecita se ganaba la pasta su tío! ¡He querido que viera la vida con todos sus colores!, ¿entiendes? ¡Con todos sus colores de basura podrida!

Lane la soltó. Le daba asco y lástima, aquella mujer. Viéndola sobre la cama, viendo su cuerpo tenso y que no hubiera ofrecido ninguna resistencia a la caricia, sintió un oscuro deseo. Pero se aguantó, porque aquel deseo iba mezclado con una especie de pena.

—Por eso le diste esa dirección, ¿no? —susurró—. La de uno de los bares de chicas más descarados que hay en Nueva York. Querías que se viera metida de lleno en toda la podredumbre, y si había lío y se la llevaba la policía, mejor que mejor, ¿verdad? Querías que se manchara de barro desde el primer momento. Era tu venganza.

Ella no lo negó. Se estuvo quieta, mientras Lane se sentaba a su lado, en la cama, y le entregaba una llave. El teniente, con voz inexpresiva, murmuró:

—Toma. Puedes denunciarme al juez, si quieres, por allanamiento de morada. Obtuve un duplicado de la llave de tu apartamento y por eso he entrado aquí. Tienes una bonita bombonera.

Miró en torno suyo. Buenos muebles, buenas tapicerías, buenos cuadros... Lane se encogió de hombros mientras añadía con un gruñido:

—¿Tanto odiabas a Bertone, Mónica?

—Tanto. Y hasta un poquito más.

—¿Por qué? ¿Porque te hundió?

—No voy a ser tan idiota como para hacer un melodrama —dijo ella, secamente—. Una chica como yo ya nace hundida, pero su destino puede cambiar con una palabra amiga. Bertone, en cambio, me fue metiendo más y más en el fondo del abismo, hasta que estuve tragando basura los siete días de la semana. No sólo me corrompió a mí, sino que me obligaba a corromper a otras. En cambio, su sobrina era una santita, una chica a la que quería tener en un joyero. En el fondo yo la odiaba porque tenía lo que yo no había tenido. Porque soñaba verla como me había tenido que ver

yo, siempre dispuesta a complacer a Bertone siempre que a él le daba la gana y haciendo que le complacieran todas las que me mandaba él. Eso era lo que yo quería...

—¿Es que pensaba hacer con su sobrina lo mismo que hacía con las otras, Mónica?

—No lo sé, pero no me hubiese extrañado. Era capaz de todo.

Lane se puso en pie y dio unos pasos por la habitación. Sentía una rara opresión en la garganta, como si toda la basura de la ciudad hubiese avanzado hasta él, llenando, incluso, aquel lujoso apartamento y haciéndole sentir que se ahogaba. Pero al menos una cosa empezaba a estar clara en su mente, y eran los posibles móviles de aquel crimen. Quizá estaba más cerca de la solución de lo que él mismo había creído.

—Luigi Bertone, sin embargo, te convirtió en una mujer rica —dijo, mientras se volvía poco a poco.

—Sí —reconoció Mónica mientras se empezaba a poner las medias—. Le obligué a escupir un poco de pasta; al menos en eso salí ganando.

—Pero odiabas todo lo suyo, ¿verdad? Incluso el aire que respiraba.

Ella se puso en pie, pero Lane no quiso mirarla. Mientras Mónica Cronwell ponía los brazos en jarras dijo, sorprendentemente:

—No confundas, macho. Las mujeres nos odiamos unas a las otras, pero no odiamos a los hombres. En el fondo, y a poco que nos sepan pasar la mano por el lomo, tratamos de justificarlos. Luigi Bertone era un cerdo, pero me entendía bien con él. Lo único que no puedo soportar es que su sobrinita ganara lo mismo que yo y, encima, quedara como una santa.

—Pero hubieras sido capaz de matarle, Mónica.

Sorprendentemente, ella no trató de negarlo. Se encogió de hombros y dijo, con helada indiferencia:

—¿Por qué no? Una tiene momentos para todo, y puede que el día tres no lo matara, pero el cuatro, sí. De modo que si piensas que soy yo la que lo liquidó puede que estés en el buen camino, macho.

Y se volvió de espaldas para dirigirse a su tocador, mientras preguntaba quedamente:

—¿Te gusto así, o me pongo otro vestido?

Lane la miró fijamente, entonces. Unas gotitas de sudor frío

brillaron en sus sienes y temblaron las aletas de su nariz. Había en aquella mujer algo que le abrasaba la sangre, palpitaba en su piel una fuerza de la naturaleza, brillaba en sus ojos una llamada que estaba más allá del bien y del mal, de la vida y de la muerte.

Pero no quiso caer en aquella oscura tentación. Si se hundía en aquel pozo, ya no saldría de él. Nunca tendría fuerza moral para acusar a Mónica Cronwell si antes la convertía en su amante.

Y empezaba a pensar que tal vez la culpable fuera, en efecto, Mónica Cronwell, aunque todavía no pudiese probarlo.

Salió y cerró la puerta, bruscamente. Antes de llegar al descansillo del ascensor aún oyó la voz ronca de la mujer:

—¡No te hagas ilusiones! ¡No pienses que te iba a hacer el menor caso, so florecilla silvestre!

Lane volvió sobre sus pasos y golpeó la puerta para que ella le abriese, dispuesto a demostrar, al menos, una cosa: que de florecilla nada. Pero Mónica no le hizo maldito caso.

Lástima haberle devuelto la llave, tan pronto. Cuando uno tiene un pase de libre circulación por el apartamento de una chica, debería guardarlo.

A la mañana siguiente, bastante temprano, Lane se dirigió a Ámsterdam Avenue, en el distrito negro. Se mezcló con los repartidores de periódicos, con los primeros clientes de los bares, con los trabajadores que tomaban el *subway para el centro de Manhattan* y con los *macarras tempraneros que empezaban a otear el horizonte del día a ver qué tal se les daba la gran mangada*. Hacia las diez ya había visto lo suficiente, después de bastante andar, para saber que Gualfieri tenía en el distrito una base de operaciones donde estaba repartiendo droga en pequeñas cantidades. Los negros de Manhattan tienen hoy tanto dinero como los blancos, y empiezan a tener sus vicios. Son una buena clientela para un hombre decidido a trabajar por el bien de la patria.

No tardó tampoco en ver confirmados sus informes: la base estaba en una barbería de la propia Ámsterdam Avenue, un pequeña garito que seguramente la policía vigilaba ya, pero en el que todo era normal, de momento. Los clientes entraban, se cortaban el pelo o se afeitaban y se llevaban su ración de mandanga

si la querían. Sobre las once, el propio Gualfieri se daba una vuelta por allí, recogía las primeras ganancias y renovaba las provisiones.

A las once menos cinco, Lane entró, también.

La barbería estaba vacía en aquel momento. De los dos dependientes, uno leía el periódico y otro hacía gárgaras en una palangana, sacando de sus labios una espuma rojiza. Los dos clavaron sus ojos recelosos en Lane; porque la clientela blanca no era frecuente allí.

Lane dijo:

—Voy a afeitarme.

—¡Ah, bien, señor!

—Pero antes quisiera pasar por el lavabo.

—El pasillo, al fondo.

Lane fue por el pasillo. Al fondo.

Cuatro pasos. Cinco.

De pronto se volvió porque ya tenía la respiración en la mismísima nuca. El tipo de la espuma rojiza ya venía sobre él con la barra de plomo envuelta en periódicos. Lanzó una maldición cuando Lane se encogió, en fracciones de segundo, haciendo que el corpachón del otro tropezara con su espalda.

El tío llevaba tal impulso que voló hasta el final del pasillo y atravesó de cabeza la puerta del lavabo. Quedó casi empotrado en el *water*. Pero se volvió con un gesto de rabia, mientras sacaba un revólver chato, un auténtico *bulldog* de cinco tiros, que, en cinco segundos, le hacía a uno olvidarse hasta de su madre. Con un gesto de rabia, fue a disparar.

Pero Lane le propinó un terrible puntapié a la mano derecha, armada.

El revólver voló.

Luego un fulminante gancho a la mandíbula.

El tío quedó sentado donde debía quedarse sentado. Ya no se movió más.

La sangre resbalaba por su cuello y se le metía por debajo de la camisa.

Lane masculló:

—Quieto ahí, si quieres seguir viviendo, rata.

La rata quería seguir viviendo.

Ni siquiera chistó.

Pero el otro ya salía a la calle a pedir socorro, y Lane sabía que la calle era un avispero. Lo sujetó por el cogote cuando ya iba a atravesar las vidrieras. Lo levantó en vilo y lo hizo sentar en uno de los sillones, mientras con la otra mano empuñaba una navaja.

—Servicio rápido, señor —dijo Lane—. Afeitado en seco.

—No... no lo haga, teniente. Usted sabe que iría a parar a... a un tribunal.

—Mucho peor es lo tuyo. Porque tú sabes que irías a parar a un cementerio.

—Po... podemos llegar a un acuerdo. ¿Qué es lo que busca aquí?

—En primer lugar saber por qué me habéis reconocido tan pronto.

—Las voces se corren, teniente. Es un gusto.

—Y se ha sabido que Bertone ha muerto, ¿verdad?

—Eso no es ningún mérito, teniente. Los periódicos lo dan a toda plana.

—Y se ha sabido que yo estoy buscando a los culpables, ¿verdad?

—Sí.

—Y que estuve husmeando entre los maricas de Pavese.

—Sí.

—Y que, por lo tanto, era muy fácil que me pusiese a husmear, también, entre los drogadictos de Gualfieri, es decir vosotros.

El del sillón estaba aterrorizado. Balbució:

—Sí.

—En resumen, que me esperabais.

—Algo de eso había, te... teniente.

Lane chascó dos dedos e hizo un gesto tranquilizador. Luego musitó:

—No te preocupes, no vengo a por ti. Sólo quiero que afeites, como de costumbre, a alguien.

—Oiga, no pretenderá que yo haga algo contra... contra el señor Gualfieri...

—Él va a venir como de costumbre, ¿verdad?

—Claro. Es su hora...

—Pues actúa como si yo no hubiera estado aquí. Y no le hagas ni una seña porque te caen diez años por tráfico de drogas. Tú sabes que puedo hacerlo.

El otro asintió temblorosamente, mientras se ponía en pie, pero, a partir de ese momento, a Lane apenas le quedó tiempo para volver otra vez al pasillo, guardando el *bulldog* que había arrebatado a su primer enemigo. Gualfieri entraba. Era un individuo alto, lustroso, gordo, con cara de napolitano rico, aunque maldito si había estado alguna vez en Nápoles. Quizá en toda su vida no se había movido dos horas del barrio en que trabajaba, y es que la gente no sabe lo que cuesta crear y mantener un negocio de mandanga, si uno quiere que el cliente quede satisfecho.

Preguntó:

—¿Dónde está Norden?

—En el lavabo, señor Gualfieri —dijo el otro, con voz que quería ser natural.

—De acuerdo, adelante.

—¿Cómo siempre?

—Como siempre.

El barbero sacó una toalla caliente y se la puso en la cara, tras arrellanarse Gualfieri en el sillón. Con toda la testa tapada gruñó:

—¿Qué? ¿Ha venido gente?

Y entonces sintió el helado contacto de la navaja en el cuello.

Lane había ocupado el lugar del barbero.

—¿Pero qué maldito hijo de...? —empezó a decir Gualfieri.

Y, de pronto, lo vio. Lane había retirado la toalla de un golpe, pero manteniendo la navaja en su sitio. Gualfieri sintió que los músculos del cuello, al tensarse, le llegaban hasta las muelas.

Su expresión cambió poco a poco. Aquella expresión se fue haciendo astuta y recelosa, mientras desaparecía de ella la sombra del miedo.

—Estás cometiendo un error, marica —dijo.

Lane gruñó:

—De eso nada.

—Bueno, pues entonces estás metiendo la pata hasta el cuello, macho.

—¿Por qué?

—A ver si te atreves a apretar esa navaja.

Lane sabía que no podía atreverse, pero fingió que sí. Trazó un pequeño corte de aviso en el cuello de Gualfieri.

Éste se estremeció hasta las uñas de los pies. Sabía que hay

bastantes policías locos en Manhattan y que a los policías locos los procesan y los retiran, pero eso sirve de bien poco cuando uno ya está en el cementerio. De modo que el tío se puso más conciliador que una buscona de la Calle Quince a la que le han dicho que si colabora se va a casar con cualquier reyezuelo de la industria americana.

—Bueno —dijo—. ¿Qué quieres saber?

—Supongo que me esperabais, ¿no?

—Claro que sí, pero nadie pensaba que llegaras a hacer el idiota de este modo. Hemos sabido que estás metido en lo de Luigi Bertone y que andas buscando el rastro de los que se lo han cargado. Que andas revolviendo basura, vamos. Estuviste con los de Pavese porque pensaste que entre Bertone y él pudo haber surgido alguna grave diferencia con el negocio de los invertidos.

—Sí, eso pensé.

—Pero no había nada, ¿eh?

—Lo que yo haya pensado es asunto mío, Gualfieri. Eres tú el que vomita, no yo.

—Perfecto... Y ahora piensas que la orden para lo de Bertone pude darla yo porque me estaba pisando el terreno en lo de las drogas, ¿verdad? Pues te equivocas hasta el cogote, macho. Yo soy un distribuidor pequeño, mientras que Bertone estaba metido en las alturas y se daba el pico con los peces gordos y todo eso. Él era un gran hombre, él hacía las cosas por todo lo alto, mientras que yo soy mierda pura. ¿Por qué crees que un gorrión como yo le iba a picar los espolones al águila? Anda, dilo... ¿Por qué?

Lane hizo una mueca. Sabía que lo que estaba diciendo Gualfieri era cierto, porque Bertone y él se movían en planetas distintos, pero lo cierto es que si los gorriones pudieran matarían a las águilas. El negocio de las drogas entre los negros era una cosa que, en cierto modo, empezaba, y que podía significar en pocos años un mercado fabuloso. No era tan extraño que Bertone se hubiese metido en él y que el gorrión hubiera tratado de defenderse.

Gualfieri pareció haber adivinado aquellos pensamientos. Masculló:

—Te equivocas, macarra. Yo no lo hice.

—Pues a un pájaro como Bertone no se le mata porque sí, sólo por hacer deporte. Alguien movió los hilos, y ese alguien está en el

ambiente de los negocios que él manejaba. A la fuerza tiene que estar ahí.

—¿Y no has probado con los otros, con los decentes? ¿Y si algún presidente de esas ligas patrióticas a las que Bertone daba para el pelo, se enteró de lo hijo de perra que era y le dio el pasaporte?, ¿eh? ¿Eso no es nada?

—No se lo hubiera dado con ácido sulfúrico. Es un método típico de la gentuza como vosotros.

—Pues yo no lo hice, Lane. Yo deseaba la muerte de Bertone, pero no tanto como para jugarme la piel al provocarla. Si tanto interés tienes en remover caca, mete las manos en otro sitio, macho.

Lane ya estaba perdiendo la paciencia. Un poco más, y la navaja se le va. Para evitar tentaciones, dijo, mientras la cerraba con un chasquido:

—Acompáñame a algún sitio donde tú y yo podamos hablar tranquilos, Gualfieri.

El hijo de zorra tembló.

—Oye —masculló—, si lo que quieres es marcarme te juro que te rajo...

—Sólo quiero que hablemos tranquilos. Una conversación de media hora y sin tocarnos, so pringoso. No quiero pillar gangrena si tengo demasiado tiempo los dedos encima de tu piel.

Gualfieri se resignó, puesto que, después de todo, tampoco le pedían nada extraordinario. Mientras se ponía en pie, farfulló:

—Tengo mi coche en el callejón. Dos pasos.

—¿Con chica o sin ella?

—No sé. Siempre me espera alguna.

Salieron los dos. El coche era un «Cadillac» último modelo con más extras que un avión «Concorde». Sólo le faltaba una brújula de oro para saber subir por Manhattan. Y uno de los extras —y no precisamente el más despreciable—, era la chica que estaba medio tumbada en el asiento posterior, patas arriba. La niña, de un delicioso color avellana, apenas debía tener diecisiete años.

Lane dijo:

—Tú a la calle, princesa.

La inocente ninfa, gruñó:

—Muy bien, ¿y a mí quién me paga?

—¿Es que tenías un acuerdo con Gualfieri?

—Claro que sí. Cien pavos. Me dijo que cuando terminara de afeitarse.

—Pues lo único que se ha afeitado son las pestañas, majara. Y ahora sal de aquí antes de que te envíe a la Brigada de Costumbres. Eres menor de edad.

La chica demostró que todo el barrio sabía quién era él. Mientras salía con las preciosas piernas por delante, gruñó:

—Está bien, teniente Lane, está bien... Lo que pasa es que usted nunca ha tenido cien pavos juntos. Ni a principio de mes...

Se largó. Gualfieri, que estaba pegado a una de las sucias paredes de ladrillo del callejón, improvisó una sonrisa idiota.

—Es una chica de la escuela parroquial —explicó—. Yo doy muchas limosnas.

—Métete dentro y conduce —masculó Lane—. Yo iré detrás, y te juro que estaré listo. Si te doy un guantazo en la oreja derecha te aseguro que la mano te sale por la izquierda.

Y fue a empujarle. Pero en aquel momento el que recibió el guantazo en la oreja derecha fue él. En aquel momento mil estrellitas se encendieron en su cráneo. En aquel momento se acordó de la madre de Gualfieri, que seguramente estaba en los cielos. Amén.

## CAPÍTULO VII

Lane era, sin embargo, un tipo duro de pelar, y a pesar del culatazo que le habían atizado en la oreja —un culatazo capaz de moverle el cerebro a un bisonte—, tuvo la suficiente fuerza para volverse con la rapidez del rayo.

El tipo que estaba frente a él lanzó un gemido.

Había recibido, en el estómago, un gancho capaz de removerle las vísceras a una pantera.

Sin embargo no cayó.

También era un macho a toda prueba.

No se trataba de Gualfieri.

Él y su compañero —porque eran dos—, tenían pinta de haberse pasado la vida rajando tripas humanas para una fábrica de embutidos. Entre los dos sujetaron a Lane y lo apoyaron de espaldas en el coche. El rodillazo en la entrepierna que el teniente recibió fue de campeonato.

Pero el fulano que le había atizado, no se largó de vacío. Lane había disparado sus dos puños, a la vez, pese al terrible dolor que sentía. Los ojos se le pusieron blancos mientras la cabeza le rebotaba contra la pared de ladrillo.

Lane fue a atacar otra vez.

Pero el primero de sus enemigos le clavó dos cosas en las narices, impidiéndole moverse. Una de las dos cosas era un revólver chato que le llegó casi hasta las amígdalas. La otra era un documento asombroso: una credencial de la CIA.

A Lane se le cayeron los puños solitos, sin que nadie los tocara.

Luego farfulló:

—¿Pero por qué...?

—No te metas en nuestro terreno, Lane —barbotó el hombre del Gobierno—. Lo que acaba de pasar es sólo un aviso.

El teniente se calmó. La musculatura de los dos tipos no le

impresionaba en absoluto, pero su insignia sí. Por lo que estaba viendo, allí se empezaba a insinuar un conflicto gubernamental de narices, aunque no sabía por qué.

Gualfieri estaba muy quieto en su rincón, no atreviéndose a meterse en nada. Lane preguntó con voz opaca:

—¿Es vuestro protegido?

—Sí —dijo uno de los perros de la CIA.

—¿Por qué?

—Nos sirve.

—¿En qué os sirve?

—Nadie va a dar un centavo por tu piel si sueltas algo de lo que vas a oír, Lane. Pero quizá conviene que lo sepas para que no vuelvas a meterte en los terrenos que no te importan.

Estaban solos en el callejón contiguo a Ámsterdam Avenue y nadie más podía oírles. Lane susurró:

—Por si no lo sabíais, este terreno me importa.

—¿Por lo de Bertone?

—Sí.

—Pues a otro perro con ese hueso, Lane. Gualfieri no lo hizo. Y ninguno de sus hombres, tampoco.

—¿Cómo lo sabéis?

—Los hemos estado controlando durante la última semana. Les hemos contado hasta los pelos, no sea que luego les faltara alguno. Y puedo jurarle que no han hecho nada en contra de la ley, excepto repartir la droga, pero eso es algo que les vamos a tolerar, de momento. Quizá a ti te ha extrañado el que todo el mundo supiera que aquí se despacha mandanga y nadie haya intervenido todavía. Seguro que eso te estaba tocando las narices, muchacho.

—Mucho más que eso —dijo Lane, con voz ambigua.

—Pues la explicación es ésta —masculló el otro hombre de la CIA—: toleramos a Gualfieri porque él nos está ayudando a nosotros en algo infinitamente más importante. Tan importante, que hay docenas de gualfieris trabajando para la CIA en todo el país, y todos en busca de la misma pista.

—¿Qué pista?

El otro retrucó:

—Tú has oído hablar del suicidio del general Waxman, seguro.

Lane arqueó una ceja.

—Seguro —se limitó a decir.

—Bueno, pues ya sabemos por qué se suicidó.

—¿Por qué?

—No era cierto que no faltase nada en el Pentágono. Los planos del último submarino nuclear que van a fabricar los Estados Unidos, con los planos de los cohetes orbitales que es capaz de lanzar, estaban al cuidado de Waxman. Resulta que alguien sacó una fotocopia de ellos.

—¿Es que Waxman era un... un...?

—No. Waxman era un hombre honrado.

—¿Pues por qué no destruye ese proyecto el Pentágono y lo da como inútil?

—Por muchos miles de millones de dólares. Porque ese proyecta al que no das importancia significa la seguridad absoluta de la supremacía en el mar durante los próximos cinco años. Porque si lo tiene el enemigo, la superioridad será suya, y no me estoy refiriendo a un enemigo real, sino a un enemigo potencial que siempre existe. Porque nuestros técnicos no pueden mejorar ese proyecto, en el que habían invertido años. Y porque la industria que ha de construir las primeras piezas ya tiene contratos y anticipos que significan un buen pellizco al oro de Fort Knox. Todo eso no puede perderse.

—Comprendo perfectamente que no —dijo Lane—, ¿pero qué tiene que ver Gualfieri con todo esto?

—Te lo vamos a seguir explicando, teniente, pero va a ser lo último que oigas en tu vida si sueltas una sola palabra. Tenemos la seguridad de que esos planos van a ser vendidos a una potencia extranjera por el pájaro que se los birló a Waxman, el cual se quitó la vida al darse cuenta de que podían sospechar de él. Pero no han sido vendidos aún. ¿Entendido? *No han sido vendidos aún.* En este momento se está a tiempo de evitar el desastre.

—¿Qué pasa? ¿No se ha llegado a un acuerdo en el precio?

—¿Precio? Eso no es lo mismo que contratar a una mecanógrafa, Lane. El pájaro que hizo ese trabajo lo tenía vendido antes de empezar, pero, a continuación, necesitaba entregar la mercancía, y la mercancía sólo se entrega a un enlace muy seguro, a un intermediario de toda confianza. Pues bien, a los intermediarios *de toda confianza* que hay en este país, y que para asuntos de tanta

altura no pasan de una docena, los tenemos controlados y fichados hasta la médula. A ellos también les hemos contado los pelos, uno a uno. Y aquí viene lo que queríamos explicarte: Gualfieri nos controla a uno de ellos que tiene una hermana drogadicta. Nos da toda clase de informes, puesto que él mismo le lleva la mandanga a casa. Por eso nos interesa que a Gualfieri no le pase nada; que sobre él no se comente nada y que nadie le pise ni un callo, porque ese tipo podría recelar que la cosa va por él Gualfieri debe tener las manos libres, ¿lo entiendes ahora?

Lane asintió. Por descontado que lo entendía, aunque ni remotamente había sospechado hasta aquel momento que un asunto de altísimo espionaje tuviera alguna relación con el sórdido mundo de Ámsterdam Avenue. Se secó las gotitas de sudor que estaban perlando ya sus sienes.

—Perfecto —dijo—, pero quizá estáis trabajando en el vacío.

—¿Por qué?

—Puede que el enlace sea alguien nuevo, un fulano al que no conozcáis y os haya dado el esquinazo.

—No —dijeron, a la vez, los dos hombres de la CIA.

—¿Por qué no?

—Porque un enlace de esa altura no se improvisa y por algún lado se hubiera filtrado su existencia, pero hay algo más: ninguna potencia presuntamente rival ha recibido aún el proyecto. Tenemos hombres metidos hasta debajo de las camas de los gerifaltes de Moscú, de Pekín, de Tokio y de Roma, aunque algunas de esas potencias puedan ser consideradas raramente como enemigas. Y te aseguro que el proyecto se está esperando en Pekín, pero aún no lo han recibido. Algunos de los jefes del espionaje chino estaban, incluso, dando señas de impaciencia.

Lane tragó saliva bruscamente. Todo aquello le obsesionaba y le fascinaba al mismo tiempo. Se daba cuenta de que la misión de aquellos hombres era quizá peor que la suya, aunque él también estaba en un callejón sin salida. ¿Qué procedimiento se iba a usar para sacar aquel proyecto del país? Había que suponer que se trataba de planos y más planos, cuyos microfilmes ocuparían un cierto espacio. Y había que suponer que ni un solo detalle para la caza habría sido descuidado por los implacables nombres de la CIA.

—Siento haberme interferido en vuestro trabajo —gruñó—. No

lo imaginaba.

—En cambio, nosotros imaginábamos que ibas a venir a por Gualfieri y estábamos atentos. No te acerques a él.

—Y ahora viene la segunda parte; ahora hay que demostrar que Gualfieri es un hombre importante y al que nadie pisa el terreno, para que el hombre a quien vigila tenga confianza en él.

—¿Y en qué consiste esa segunda parte? —masculló Lane, sintiendo una súbita y muy respetable desconfianza.

—Ante todo, el barrio entero debe saber que el asunto que te ha traído aquí es un puro asunto de droga. A continuación, todo el barrio debe ver que Gualfieri es mucho más macho que tú y que te baja los pantalones. De modo que no tendrás más remedio que aguantarte y tragarte tu propia sangre. La patria te lo agradecerá.

Lane gruñó:

—La patria...

Y, en aquel momento, Gualfieri le atizó de lleno. El tío se la tenía jurada, porque le dio en pleno vientre, entrando a mano derecha. Lane, atrapado por sorpresa, pegó un aullido que hizo saltar de la cama a la media docena de negras del barrio que dormían la siesta a aquella hora.

Los de la CIA también le atizaron.

Tenían las manos duras, los tíos.

Lane pensó que la patria se lo agradecería.

No se movió.

Pero, a poco que la patria se descuidara, le iba a tener que pagar una dentadura y un vientre de repuesto. Los tres pájaros se estaban entusiasmando de tal manera que la sangre de Lane saltó hasta la tapicería del coche. Luego lo doblaron sobre el capó, pusieron el bólido en marcha e hicieron que lo condujera solamente Gualfieri, mientras ellos dos se quedaban en el callejón. Gualfieri giró bruscamente al salir a Ámsterdam Avenue, y por ley de inercia hizo saltar a un lado el cuerpo de Lane, qué estaba crispado en el capó. El teniente salió despedido, se cargó una larga hilera de cubos de basura que esperaban turno, se metió en un charco, se llevó, por arrastre, la mitad de la mercancía de un quiosco y al final se estrelló contra un coche mal aparcado. Todo su cuerpo estaba crispado a causa del dolor y su cara se había cubierto de sangre.

Así permaneció durante algunos minutos, verdaderamente hecho

un ovillo, hasta que aquel «Buick» se detuvo junto a con un brusco chirrido de frenos. De él saltaron a la vez cuatro cincuentonas que llevaban todas la misma insignia. La insignia decía: «Club de solteras de Wannigan».

—¿No buscábamos un vagabundo para llevarlo a nuestro apartamento? —preguntó una de ellas—. Pues éste está en buen uso y puede dar juego si lo animamos un poco. ¡Hala, arriba con él! ¡Trínquenlo, chicas...!

## CAPÍTULO VIII

La gravilla del sendero sonó quedamente bajo los pies de Lane cuando éste se acercó poco a poco a la tumba, subiéndose las solapas de su gabán recién traído de la tintorería rápida. Sus ojos se clavaron en la gran lápida de mármol rosa y en la inscripción hecha en letras de oro, pero se clavaron, sobre todo, en las piernas de la chica vestida de luto. Aquellas piernas le parecieron mucho más perfectas, mucho más apetitosas que la primera vez que las vio.

Ella oyó el sonido de la gravilla.

Se volvió, poco a poco.

Y sus ojos se dilataron un poco a causa del asombro, mientras susurraba:

—¿Tú...?

Lane se situó al lado de Gina, pero no contestó. Se limitó a mirar en silencio las letras de oro de la lápida, en la que no se habían escatimado gastos. Aquellas letras decían, para que se enterasen las generaciones venideras:

«LUIGI BERTONE

(1920-1976)

TODA SU VIDA ESTUVO DEDICADA A LA VIRTUD»

Ni más ni menos.

Así se escribe la historia.

Gina tenía los labios apretados en una mueca.

Barbotó:

—Siento asco.

—¿Asco? ¿Por qué? Tú no sabías nada.

—Me ha estado educando a mí y ha estado manteniendo a la familia con el producto de la suciedad y del crimen.

—Lo cual indica que, a veces, la suciedad y el crimen sirven

para algo bueno —dijo, filosóficamente, Lane, mientras miraba el cielo cargado de tormenta—. ¿Quién ha pagado la lápida?

—Lo ha hecho Mónica Cronwell, por encargo de diversos amigos de Luigi. Un trabajo perfecto y que han dejado listo en un solo día. Así da gusto.

Lane la apartó con suavidad de allí. La chica tenía casi lágrimas en los ojos. Con voz que trataba de ser natural, el teniente musitó:

—¿Has venido a despedirte de él?

—Sí, porque, al menos, eso lo merecía. Y a rezar una oración. Estoy segura de que Dios tendrá en cuenta las cosas buenas que en él seguramente habría.

—Claro que las habría —dijo Lane con un leve encogimiento de hombros—. ¿Por qué no?

Y enseguida añadió:

—¿Cuándo te enteraste de la muerte de Luigi?

—En el hotel.

—¿Los periódicos? ¿Fue al leerlo?

—Sí.

—Fue un golpe bajo, ¿verdad?

—Un... un golpe bajo.

—Supongo que recibiste mi nota de pésame. En ella te explicaba que el haberte dirigido a aquel bar apenas llegaste a Nueva York fue una equivocación, un error del que nadie tuvo la culpa.

—Fue una cerdada de Mónica Cronwell, quien supongo que me odia con toda su alma —musitó Gina—. No trates de disculparla, ahora, aunque yo no se lo voy a tener tampoco en cuenta. Supongo que los motivos por los cuales me odia son válidos para ella, aunque le falte la razón. No, no se lo voy a tener en cuenta.

—Si todo el mundo perdonara las cosas con tanta facilidad —dijo Lane—, el mundo sería una delicia.

—Y si no se perdonaran nunca, el mundo sería un asco. Por suerte, no es ni una cosa ni otra. A Mónica Cronwell no la voy a ver más, puesto que regreso a Italia. ¿Para qué atormentarse ya?

—¿Cuándo te marchas?

—Mañana por la noche. Justo el tiempo de asistir a unos funerales que la Legión Americana dedicará a tío Luigi, por lo gran hombre que era [1].

Lane apretó los labios en una mueca.

—Siento que te marches, Gina —musitó.

—¿Y por qué has de sentirlo? ¿A ti qué te importa?

—No sé... Supongo que es una tontería, pero me siento bien a tu lado.

Y miró hacia atrás. La tumba de Luigi Bertone estaba en el mejor sitio, en una especie de promontorio. Sobre la lápida de color rosa había quedado un delicado ramo de flores que tenían un suave color naranja.

—¿Tuyas? —preguntó Lane.

—Sí. Un recuerdo.

Y, de pronto, la muchacha se detuvo. Miró hacia atrás de una manera inconsciente. Bajo la enorme lápida de mármol parecía ocultarse una premonición, una amenaza. Mientras entrelazaba nerviosamente los dedos susurró:

—De todos modos esa tumba va a estar muy sola... Nadie irá a rezar, a llevar flores... Nadie irá a nada.

—Todas las tumbas han sido hechas para quedar solas —dijo Lane—. Es su destino.

—De todos modos puede que yo vuelva; puede que no me marche tan pronto como había decidido. Creo que es lógico que le siga trayendo unas flores para que Luigi Bertone no caiga definitivamente en el olvido, a los dos días de morir.

Y salieron los dos. Gina había alquilado un «Mustang» último modelo, el cual destacaba, magnífico, junto al cubo de la basura de Lane. Éste dijo:

—Espero que nos veamos alguna otra vez.

Gina le miró fijamente.

Sus ojos se clavaron en él. Eran unos ojos duros, negros, en los que palpitaba la vida. Se clavaron con tanta fuerza en él, que casi le hicieron daño.

—¿Por qué has venido al cementerio, Lane? —musitó.

—No sé. Tal vez quería convencerme de que Luigi Bertone estaba ya enterrado y bien enterrado.

—¿Sólo has venido por eso?

—Bueno, quizá tenía, también, un presentimiento.

—¿Un presentimiento de qué?

—De que te vería —dijo Lane.

Y se metió en su nave supersónica. De sus seis cilindros, fallaron

ahora cinco y medio. Lane pensó: «Magnífico. Ahora este portaaviones se quedará parado aquí y ella tendrá que llevarme a la fuerza. En cuanto se descuide, me voy a dar un lote».

Y se dispuso a bajar.

Pero en aquel momento los seis cilindros se pusieron a runrunear suavemente, como una seda, igual que si el coche fuera nuevo. Tuvo que subir otra vez, lanzando una maldición.

Por descontado que no volvió a fallar hasta que Gina se hubo alejado y ya fue demasiado tarde.

Después de separarse de Gina. Lane fue en su ataúd rodante hacia la parte alta de Manhattan, al norte de la primera avenida, donde se insinúan ya a la izquierda los primeros bloques de apartamentos de Harlem y se marcan, a la derecha, los relieves del puente de Triboro. El cielo seguía apuntando tormenta y por el lado de Queens había empezado a llover. Los rascacielos que quedaban abajo, en la zona de Central Park, estaban envueltos por la bruma.

Dejó el coche en un aparcamiento donde estuvieron a punto de no admitírselo porque ponía *Prohibido arrojar basuras*, y luego se encaminó a pie hacia un vetusto y noble edificio donde sesenta años antes vivieron las gentes distinguidas de la zona, antes de ser engullido por las jaulas de cristal y acero que en todas partes se habían alzado a imitación del rascacielos de las Naciones Unidas. El edificio estaba construido en piedra y tenía un aire arcaico, pero distinguido, que lo hacía doblemente interesante. Lane vio que en el cartel indicativo de los inquilinos ponía: GENERAL WAXMAN. 2.º.

«Vaya... pensó, su viuda aún no ha cambiado el nombre».

Y subió a pie.

En el segundo piso había dos puertas por rellano, y una de ellas estaba abierta. Cuando vio a la mujer, Lane tuvo que entornar un momento los ojos.

Pensó: «Infierno»...

Buenas caderas, buena delantera, buena cara. Excelentes piernas izadas sobre unos zapatos de alto tacón. Ojos acariciantes, color miel, ojos para mirarlos muy cerca, al atardecer, mientras uno descansa.

«Debe ser muy lamentable largarse de este mundo y, encima, con un salto desde tanta altura, dejando viuda a una mujer así.

Waxman debía estar lamentándolo desde cualquier cuarto de banderas que le hubiesen instalado en el infierno», pensó Lane.

El tipo que estaba con la mujer intentaba darle un papel y ella no lo admitía. El fulano le estaba amenazando. Decía en voz alta que si ella no admitía aquella citación del juzgado, lo iba a pasar muy mal.

La preciosa mujer le iba a cerrar la puerta en las narices.

El tío se negaba.

Hubo un momento en que casi forcejearon los dos.

Lane tendió una mano.

Sujetó al tío por el cogote.

Lo levantó como si fuera un gato muerto.

Lo depositó en el primer peldaño.

Y luego gruñó, mientras le daba un dólar:

—¡Hala!; a comprarte algún producto contra la sarna. Tienes una droguería a menos de cien yardas de aquí.

Y miró a la mujer. Los ojos color miel estaban dormidos y brillaban con una luz inquieta. La preciosa hembra debía respirar casi con angustia, porque su pecho subía y bajaba de una manera más que notable. En cuanto al tío que pretendía darle una citación del juzgado, se había largado escaleras abajo para ver si era verdad eso de la sarna.

Lane musitó, mientras también la miraba fijamente:

—¿Stella Waxman?

—Sí. Y no me diga que viene a entregarme, también, una citación del juzgado.

—No, yo vengo en son de paz.

—Entonces pase.

Sólo cuando estuvieron dentro, sólo cuando los dos respiraron al aire quieto, tibio, un poco cómplice de las habitaciones, Stella Waxman se volvió hacia él interrogándole con los ojos. Sólo entonces le preguntó:

—¿Quién es usted?

—Me llamo Lane. Soy teniente de la Brigada de Homicidios.

—Deben pagarle poco —dijo ella, mirando su raído gabán.

—Cierto, y encima es un cochino trabajo.

—Siéntese.

Lane lo hizo, mientras miraba en torno suyo. Le maravillaba la

naturalidad, la confianza de aquella mujer que no le había visto nunca y, sin embargo, le recibía en su ambiente más íntimo. Pero hubo otra cosa que le maravilló más, y fue el aire pobre de aquellas habitaciones que, en otro tiempo, habían sido ricas.

Quedaban algunos muebles buenos, pero otros habían desaparecido, y su huella nostálgica permanecía en las paredes. También faltaban cuadros, adornos, detalles de lujo que en otro tiempo habían existido. La mesita del televisor estaba vacía, indicando claramente que ni siquiera ese aparato tan vulgarizado, y hoy prácticamente al alcance de todos, podía poseerlo aquella mujer.

—¿Qué quiere beber? —preguntó.

—No sé... *Whisky*.

—Me queda una vieja botella de Four Roses —dijo Stella Waxman—. Es de lo mejorcito que la gente traga por aquí.

—Deme sólo un par de dedos.

Ella se los sirvió. Una fuerte aura sensual, una oscura tentación, una llamada oculta parecía desprenderse de la piel de aquella mujer. Lane le calculó unos treinta años, pero detrás de ella parecían existir muchos siglos de elegancia, de distinción y de silencio. No era una mujer vulgar. En el amor podía resultar una tigresa, pero, sin duda, era también una reina.

Vestía con elegante sencillez. Cuando se sentó frente a él, en el diván del otro lado, lo hizo casi con timidez, pese a lo cual ofreció a Lane una exhibición que le obligó a beberse el *whisky* de golpe. Había que ver las piernas que tenía la muy maldita.

Sólo entonces ella pareció atreverse a preguntar:

—¿La Brigada de Homicidios? ¿Se dedican, ahora, ustedes a investigar sobre las personas que no pagan sus deudas?

—¿Usted no las paga, Stella?

—No.

—¿Por qué?

—Debe ser porque no puedo, ¿verdad?

Lane no supo qué decir. La triste realidad económica de aquella mujer le había dejado sorprendido, casi consternado. Tuvo que servirse él mismo otro poco más de *whisky*, antes de preguntar:

—Yo pensaba que a la viuda de un general le quedaba una buena pensión. ¿Es que a usted no se la pagan?

—De momento, no.

—¿Por qué?

—Usted es teniente de la Brigada de Homicidios, y, por lo tanto, sabe algunas cosas —susurró la preciosa mujer—. Además no ha venido aquí por casualidad, de modo que más vale decir las cosas claras: está enterado de que mi marido se arrojó desde la ventana de un rascacielos.

—Claro —dijo Lane con voz opaca—; fue un admirable salto.

—Un tribunal de honor intervino en ese asunto —dijo Stella, sin oír el comentario—. Tratándose de un oficial de tan alta graduación, querían conocer las razones del suicidio ¿y sabe qué se piensa en esos casos? Pues que la culpable del suicidio podía ser yo, porque llevaba una vida indigna o porque le era infiel, por ejemplo. Mientras eso no esté claro, me retienen la pensión y no percibo ni un dólar. ¿Sabe con qué me ayudo? Pintando mascarillas de plástico para disfraces. Una bonita idiotez...

Hizo un gesto amargo, mostrando las habitaciones que antes fueron lujosas, y añadió:

—Todo el mundo sabe que antes vivíamos con el rango que a mi marido le correspondía, pero hay cosas que quizá la gente ignore. Por ejemplo, que gastábamos más de lo que ganábamos, por una sencilla razón: mi marido tenía una gran carrera por delante y pensaba que podría pagar sus deudas. Desgraciadamente, ahora... todo ha cambiado, ¿entiende? Soy yo la que debe pagar con un dinero que no tengo. Esas citaciones del juzgado son cosa de cada día, pero no quiero ni admitirlas.

—Es una mala táctica —dijo, pensativamente, Lane—. De todos modos, los papeles acaban siguiendo su curso. Los papeles nos vigilan y andan camino, incluso cuando nosotros estamos durmiendo.

Stella Waxman se encogió de hombros. Resultaba imposible saber si lo había hecho a propósito o no, pero lo cierto fue que cruzó las piernas. Resultaba tan perfecta e iba tan bien vestida por dentro, que Lane tuvo una especie de crispación. Se dio cuenta lo que pocas veces había deseado a una mujer con tanta fuerza, con tanta silenciosa ansiedad.

—¿Quizá no le pagan la pensión porque hacen a su marido responsable de la falta de unos documentos esenciales? —se atrevió

a preguntar.

Ella le miró de una forma extraña: Hizo un guiño. Dio la sensación de que no había entendido absolutamente nada; de que aquello era nuevo para ella. Lane se sintió, incluso, avergonzado de haber hecho la pregunta.

La preciosa mujer susurró:

—¿De qué documentos esenciales habla?

—No... Realmente hablaba de un asunto que nada tiene que ver con el general Waxman.

—¿Usted a qué ha venido, Lane? ¿Qué busca aquí?

—Quería conocerla.

—¿Por qué?

Él fingió indiferencia.

—El asunto de la muerte de su marido ya está cerrado, pero hay que hacer unos últimos trámites —dijo—. Pura rutina. Comprobar el domicilio de usted, por ejemplo, y tener una idea de sus medios de vida. Datos que quedan para el archivo por si el asunto resucita, aunque no va a resucitar. Me han comisionado para que realice yo esas gestiones, y lo único que puedo decirle es que trataré de causarle las mínimas molestias.

De todo aquel breve parlamento de Lane sólo una cosa era verdad: el que deseaba conocer a aquella mujer. Desde que los de la CIA le dijeron que el asunto de Waxman aún estaba en pie, había querido ver cara a cara a la mujer que con él compartió su vida. Había querido penetrar un poco en la intimidad de lo que aquel hombre había dejado al morir. Lane se guiaba tanto por el instinto como por la reflexión, y su instinto le había traído hasta allí, aunque no era capaz de señalar las causas.

Ahora casi se arrepentía.

Todo aquello era demasiado triste. Resultaba deprimente ver a qué nivel de ruina había llegado la que antes fue una gran mujer, mientras otras personas —unos mercaderes de secretos militares—, pensaban ganar una fabulosa fortuna con los documentos que le robaron al general Waxman.

—No le causaré molestias —insistió—. Con lo que he visto ya tengo bastante, ¿sabe? Pura rutina.

Y se puso en pie. Incluso, desde arriba, seguía viendo las piernas de Stella como una llamada, casi como una obsesión. Mientras

dejaba el vaso en una repisa, añadió:

—Usted debe sentirse muy sola.

—Mucho, la verdad.

—¿Siempre está aquí?

—Siempre, aunque sólo sea para espantar a los del juzgado.

Y sonrió tristemente. Era una mujer acabada, una mujer arrinconada por el Destino, y, sin embargo, estaba llena de vida. Sus labios entreabiertos —eso también se lo dijo el instinto a Lane—, buscaban algo que Waxman nunca le supo dar. Buscaban la pasión, buscaban la caricia, buscaban, tal vez, el sabor del pecado. En la vida de una mujer hay muchas vidas que sus maridos no se molestan en comprender.

—Podría invitarla a cenar algún día —musitó Lane.

—¿Y ya podría pagar la cuenta?

—Dejaría el gabán como garantía —musitó el teniente.

—No hay ni para los entremeses.

—De todos modos, podríamos probarlo, Stella. A lo mejor, desde que usted no sale, han bajado los precios.

—¿Qué es usted, Lane? ¿Un conquistador o, simplemente, un policía astuto que trata de averiguar más cosas sobre mí?

—Tal vez sea una cosa más sencilla.

—¿Una cosa más sencilla? ¿Qué?

—Un hombre que también se siente solo.

Y la atrajo hacia sí. Lo hizo con suavidad, pero también con firmeza, sin pensarlo, como si una fuerza superior guiara sus movimientos. La encontró en sus brazos sin darse verdaderamente cuenta de lo que ocurría, como tampoco debió darse cuenta ella. Buscó sus labios como se busca una obsesión, aunque las obsesiones no lleven a ninguna parte.

Stella se dejó besar.

No retiró la cabeza, no esquivó la caricia.

En sus labios fríos vibraba una secreta ansia.

—Te has equivocado, Lane —dijo sin embargo al final, cuando sus rostros se separaron—. Yo no soy de esas mujeres que se entregan.

Y le cerró la puerta de golpe. Lane se encontró, de pronto, en el descansillo, sintiendo todavía en los labios la quemadura de aquel beso. Desde que empezó aquella condenada aventura había

tropezado con tres mujeres, y la verdad era que no sabía cuál de ellas le gustaba más. O quizá al muy maldito le gustaban las tres, por lo distintas que eran una de la otra, pero, de momento, le servía de bien poco.

Salió a la Primera Avenida cuando las ráfagas de lluvia empezaban a abatirse sobre las aguas inquietas del Hudson. Subiéndose las solapas de su gabán, al que ya no le venía de un remojón más, trató de pasar corriendo la calle.

En ese momento el coche se detuvo junto a él, con un brusco patinazo. En ese momento los dos hombres saltaron de golpe, uno por cada lado del «Pontiac». Lane, que tenía las manos ocupadas subiéndose todavía más las solapas, no tuvo tiempo de reaccionar. La verdad era que no había esperado aquello.

Las dos culatas se abatieron sobre su cabeza y le hicieron tambalear. Se encontró de pronto, sujetándose a uno de los lados del «Pontiac» para no caer.

Otro culatazo le envió, definitivamente, el reino de los sueños.

Notó que lo metían dentro del coche. Éste, con un patinazo que por poco lo proyecta contra una farola, arrancó de nuevo.

Cuando el teniente recobró el conocimiento, le estaban metiendo el cañón de una «Luger» hasta la garganta. Si lo que pretendían era hacerle un lavado de estómago, no resultaba mal sistema. Se le empezaron a mover todas las muelas, entrando a mano derecha.

## CAPÍTULO IX

El tipo que le estaba encañonando no esperó a que le hiciera ninguna pregunta. Con voz inexpressiva dijo, simplemente:

—Wissental.

Pese al dolor terrible que sentía en la cabeza, los pensamientos de Lane volvieron a funcionar. Sus recuerdos le trajeron la imagen de aquel cerdo que era un mafioso como Gualfieri y Pavese. Uno de los perros rabiosos de quienes había sospechado, porque Bertone podía haberse metido en sus negocios y porque, en consecuencia, podían haber ordenado matarle. Wissental estaba en la lista de los presuntos culpables, pero la verdad era que hasta ahora no se había ocupado de él.

La pistola se apartó, poco a poco. Lane se dio cuenta de que en el «Pontiac» iban tres hombres, contando al conductor, y de que rodaban hacia una zona industrial de Long Island City, después de cruzar el Hudson. Mientras la lluvia golpeaba el coche cada vez con más fuerza, Wissental masculló:

—Pocas personas conocían, como yo, los manejos de ese perro de Luigi Bertone. ¿Te has enterado, Lane? Yo sabía que era un hipócrita, un falso, un tipo de esos que decían que se estaban sacrificando por el porvenir de Estados Unidos, mientras sus bolsillos reventaban de oro. Sabía, también, que ansiaba meterse en mis negocios, pero no di orden de matarlo. No me convenía, ¿entiendes? Era levantar demasiada polvareda por algo que, aún no había sucedido, pues, de momento, Bertone no me quitaba la clientela. Tampoco Pavese ni Gualfieri se habían metido con él, pero me han dicho que tú estás removiendo la basura y metiendo las narices en toda la caca que encuentras. Sí... Eso es lo que me han dicho personas tan respetables como los chivatos de la policía. Y yo quiero saber qué es lo que pretendes, sucio hijo de zorra.

Lane apartó un poco el cañón que aún seguía acariciándole los

labios y echó la cabeza para atrás. Lentamente iba sintiéndose mejor. Mientras miraba a Wissental, gruñó:

—Alguien ordenó matarle. No se murió solo.

—Yo no fui.

—Podía convertirse en un rival peligroso, Wissental, y tú nunca has admitido rivales peligrosos. De sobra sabemos lo que eso significa.

—Antes de matar a un hombre como Bertone, lo hubiera pensado bien. La ventaja de eliminar a un enemigo así, quedaba anulada por la polvareda que iba a levantarse. Tú te has equivocado de pista, hermano. No busques entre los que nos dedicamos al mismo negocio que Bertone porque por ahí nada vas a encontrar.

Lane arqueó una ceja, extrañado, porque cada vez entendía menos aquello, pero a partir de aquel instante dejó de pensar. Su cerebro sufrió una especie de parálisis al darse cuenta de lo que ocurría. Le habían metido en el patio abandonado de una vieja industria que estaba en reformas, y donde no se veía un alma. Era un sitio ideal para acabar con él, puesto que, incluso, se veían en el patio grandes hoyos para las cimentaciones. Bastaría con que le metieran en uno de ellos, una vez muerto, echando un poco de tierra encima. Cuando allí se asentaran los cimientos del nuevo edificio, nadie encontraría su cadáver, jamás.

La lluvia había empezado, y Lane se dio cuenta de que le habían quitado durante el viaje su calibre nueve corto, con el que era capaz de atravesar el ojo de un hombre a cien yardas de distancia. Wissental le empujó fuera y masculló:

—Lo siento por tus huesos. Empieza a andar.

—Un momento, Wissental:

—¿Qué pasa, sabueso?

—¿Ya te das cuenta de lo que vas a hacer?

—Sí... Liquidar a un sucio polizante del que nadie volverá a saber nada, jamás. Si has pretendido cerrar el cerco en torno a mi organización, vas listo, pobre idiota. Tu muerte levantará mucho menos polvareda que la de Bertone, de modo que a ti sí que puedo permitirme el lujo de eliminarte.

Lane sabía que eso era verdad. Su cadáver no aparecería nunca. Y sus compañeros de la Metropolitana no podrían enviar a presidio a nadie, porque no hay asesinato si no se ha hallado un cadáver; no

hay crimen si no ha aparecido una víctima.

Los tres sicarios estaban fuera del coche. Aquello era una verdadera ejecución. Lane sintió la boca espantosamente seca, no por miedo, sino porque se dio cuenta de que su muerte iba a ser una muerte absurda.

Wissental masculló:

—Pude haberte matado en la Primera Avenida, cuando caímos sobre ti, pero entonces tu carroña hubiese estado en la Morgue a los diez minutos, y el Fiscal del Distrito se hubiera puesto a actuar. Ahora será distinto. Nadie llorará sobre el bloque de cemento de tu tumba...

Y señaló uno de los hoyos, que estaba muy cerca de Lane. Éste comprendió que allí asentarían muy pronto el basamento del nuevo edificio. Sus huesos acabarían tan mezclados en el hormigón que no los descubrirían ni en el siglo Veintiuno. Iba a convertirse en el cadáver más duro del planeta, pero eso no le sirvió de consuelo.

Wissental dijo:

—Adiós, hermano. Espero que en el otro mundo sigas siendo tan buen chico. Te darán una medalla.

Y apretó el gatillo.

Pero cuando la bala atravesó el aire, Lane ya no estaba en el sitio donde hubiera debido estar. Lane acababa de dar un auténtico salto de coyote hacia el hoyo, hundiéndose en él, tal como pretendía Wissental. Pero con la diferencia de que no se hundió muerto sino vivo.

Las dos balas rebotaron en el borde del orificio.

Wissental lanzó una maldición mientras los otros dos hombres sacaban, también, sus armas.

—¡A por él!

Nada tan fácil como acabar con un hombre desarmado y metido en un hoyo. Bastaba con acercarse a la boca de éste y disparar. Era un juego de niños.

Alguien gritó, entonces:

—¡Eh! ¿Pero qué hacen ahí, malditos?

Un hombre vestido con ropas de trabajo venía corriendo. Wissental miró con desprecio al que había conducido el coche hasta allí.

—¿No me habías dicho que esto estaba abandonado? —Gruñó.

—Ayer lo estaba...

—Pues hoy hay un vigilante... ¡En menudo lío nos has estado a punto de meter, idiota!

Y disparó de nuevo. El hombre vestido con las ropas de trabajo se detuvo de pronto, como si hubiera chocado con una pared de cristal. Se llevó las manos al pecho y en éste apareció una redonda mancha roja.

Cayó con el asombro y el horror reflejados en el rostro.

—Habrá que hacer desaparecer dos cuerpos en lugar de uno —dijo Wissental, a continuación, como si aquél fuera un trabajo rutinario.

Y se dirigió de nuevo, en compañía de sus hombres, al hoyo en el que estaba Lane. O en el que *debía estar*. Porque en breves segundos había cambiado la situación, y porque mientras los asesinos se volvían para liquidar al vigilante de las obras, Lane había saltado con toda la agilidad de un zorro. De pronto lo vieron aparecer junto a una enorme excavadora, como si hubiese volado a través del aire.

No podían creerlo. Nunca habían visto a un tipo tan veloz como aquél. Dispararon rabiosamente y las balas arrancaron lastimeros aullidos, al resbalar sobre las planchas de metal. Pero medio segundo después, Lane había desaparecido otra vez, como si ahora se lo acabase de tragar la tierra.

Wissental barbotó:

—Ese tipo es un galgo...

—Puede ocultarse en cualquiera de los hoyos —murmuró uno de sus pistoleros.

—No, no hay hoyos en la parte donde se ha escondido. Pero no vamos a perder tiempo persiguiéndole como unos idiotas por esta especie de campo de *rugby*. Para algo tenemos el coche, ¿no? —Gruñó Wissental.

—¿Qué vas a hacer?

—Muy sencillo. Por mucho que corra, no podrá correr tanto como nuestro seis cilindros. Lo vamos a acorralar.

Y subieron los tres en el coche. Wissental mismo lo puso en marcha. Ya no veía a Lane, pero estaba claro que en menos de veinte segundos habrían recorrido toda la extensión del patio y le distinguirían, por bien que se ocultase. Acribillarle desde las

ventanillas, volvería a ser un juego de niños.

Estaba detrás de un *bulldozer*.

—¡Allí!

Tres balas resbalaron ahora sobre las planchas metálicas del coloso. El coche dio un tremendo viraje, patinó sobre dos ruedas y cambió de dirección para ir en línea recta hacia aquella mole de acero.

Lane había saltado al lado opuesto, pero eso de poco le iba a servir, porque volvería a estar al descubierto unos segundos más tarde. Era una cacería despiadada que sólo podía tener un final: su muerte.

Miró con ojos desencajados hacia una pared con ventanas por las que tal vez pudiera saltar, pero era como si estuviese a cien millas de distancia. Con el coche tras sus talones, jamás lograría recorrer aquella especie de *tierra de nadie*. Notó en las venas el frío de la muerte mientras otra vez oía el chirrido de los neumáticos. El coche apareció por el lado opuesto.

Wissental disparó de nuevo. La bala se deshizo en mil esquirlas al chocar contra el *bulldozer*, y algunas de aquellas esquirlas respuntearon de sangre la cara de Lane. Éste se arrojó materialmente entre las ruedas de aquella mole, mientras el coche venía hacia allí a toda velocidad.

Por un momento pareció como si fuera a estrellarse.

Incluso uno de los pistoleros aulló, con los ojos desencajados:

—¡Frena!

Wissental se estaba divirtiendo con aquella persecución y con aquel dominio del coche que le hacía recordar una *gymkhana*. Nuevamente patinó sobre dos ruedas, en un espectacular viraje, mientras la carrocería lamía la plancha del *bulldozer*. Sabía que Lane tenía que estar al otro lado y que ahora no podría escapar.

Las balas picotearon aquella gigantesca máquina, destrozando uno de los neumáticos. Wissental gruñó, con voz ronca:

—¿Pero dónde se ha metido ese tipo?

Y, de pronto, lo vio.

Estaba en la cabina de mandos del *bulldozer*. El monstruoso motor de éste se había puesto a rugir. La pala, con la que podía convertir en ruinas una casa, se estaba poniendo en movimiento.

Los ojos de los tres pistoleros se desencajaron. Uno de ellos,

gritó:

—¡Atrás!

Wissental cambió de marchas, intentando retroceder, mientras veía que la gigantesca pala venía hacia ellos. Dio gas frenéticamente para salir de allí, mientras las ruedas volvían a patinar y despedían humo a causa del régimen a que estaban sometidas. En aquel momento la pala cazó de lleno uno de los costados del coche.

Se oyó un crujido estremecedor.

Una puerta se hundió. Todos los cristales saltaron. El automóvil se inclinó de costado, mientras dos ruedas giraban en el vacío.

Una voz aulló:

—¡Nos está levantando!

Ya era demasiado tarde para evitarlo y era, también, demasiado tarde para salir de allí. Los tres hombres sintieron una brutal sacudida mientras todo el coche crujía. Parte de la suspensión se rompió.

Lane dio todo el gas posible al *bulldozer*, que se balanceaba peligrosamente a causa de una de sus ruedas reventada. Fue empujando y haciendo dar tumbos al coche, como un gato hace dar tumbos a un ratón muerto, mientras lo aproximaba a una de las paredes de la vieja fábrica. Los gritos de los tres pistoleros acorralados, se transformaron en alaridos de muerte.

El *bulldozer* terminó aplastando contra la pared al vehículo ligero. La plancha se abrió y se partió en pedazos. La gasolina se derramó por todas partes, amenazando con provocar una catástrofe. Lane dio todavía más gas, mientras hasta la pared amenazaba con hundirse.

Del coche no quedó apenas nada.

Sólo una bola de chatarra difícilmente reconocible, una bola en la que formaban un amasijo los tres cuerpos humanos. Dentro de aquel ataúd de seis cilindros ya no se escuchó ni un gemido, ni un grito, ni una queja.

Los tres habían perecido aplastados, en un momento. Los restos ya no podrían ser rescatados de allí ni con la ayuda de un soplete. Unos hilos de sangre resbalaban lentamente sobre la chapa.

Lane sintió que el sudor rodaba por su cara. Sentía una especie de náusea. Cortó el gas al *bulldozer* y saltó al suelo antes de que un accidente hiciera entrar en ignición la gasolina. De pronto, en

aquella inmensa fábrica en reconstrucción, parecía como si jamás hubiera existido ni un hálito de vida. El silencio planeaba angustiosamente, aplastándolo todo.

Una hora después se encontraba ante su superior, el capitán Frideman. Éste oyó aquel relato como si no creyera lo que Lane le estaba diciendo.

—Parece absurdo... —balbució—. Esos mafiosos no habían llegado jamás tan lejos. Debían haber comprendido que la muerte de un oficial de policía significaría su propia muerte. Mis hombres no se hubiesen andado con formulismos legales; en la primera emboscada hubieran tirado a matar.

—La muerte del oficial de policía no habría sido descubierta, jamás —murmuró Lane, pensativamente—. Mis huesos tenían que acabar como adorno dentro de un bloque de cemento en los fundamentos de un edificio.

—Aun así, me parece demasiada audacia. No lo entiendo...

—Están asustados, capitán. La muerte de Luigi Bertone ha revolucionado el mundo del hampa. Los que conocían sus verdaderas actividades lo consideraban un hombre inatacable, un hombre seguro con el que nadie se atrevía, y ahora no saben qué pensar. Han perdido el norte. Ven enemigos por todas partes y eso les desorienta. La verdad es que no comprenden quién mató a Bertone. Se dan cabezadas contra las paredes y no acaban de ver la situación clara.

—¿Y usted, Lane? ¿La ve?

El teniente echó la cabeza para atrás un momento. No, no lo veía. Precisamente era aquello lo que le obsesionaba, lo que le estaba pareciendo una extraña pesadilla.

—No tiene sentido —dijo.

—¿Por qué?

—Veamos la situación con un poco de perspectiva, capitán. ¿Quién podía tener interés en matar a Luigi Bertone? En buena lógica, sólo los hombres que pensaban que iba a tragarse sus negocios. Tipos como Pavese, como Gualfieri o como el mismo Wissental. En el código implacable del hampa, esas intromisiones se castigan con la muerte. Incluso el uso de ácido sulfúrico y otros medios igualmente salvajes no está en desacuerdo con los sistemas de esa gentecilla. Usted lo sabe bien.

—Entonces, ¿por qué no fueron ellos?

—Porque las cosas no estaban maduras, porque Bertone aún no se estaba tragando sus negocios y porque no había aún ninguna necesidad de utilizar un sistema tan drástico. Incluso la tremenda desorientación de esos mafiosos indica algo más: no saben por dónde vienen los tiros. No entienden nada. Después de lo ocurrido, estoy absolutamente seguro de que la muerte de Bertone OBEDECE A OTRA RAZÓN.

—¿Qué razón?

—Si lo supiera estaría al cabo de la calle —dijo, sombríamente, Lane—, pero lo peor es que no tengo ni idea.

—Aquel hijo de perra había hecho daño a bastantes mujeres —aventuró Frideman—. Quizá alguna de ellas...

—Tampoco.

—¿Por qué no?

—Ninguna de ellas tenía acceso, ni directa ni indirectamente, a las habitaciones privadas de Bertone. Ninguna de ellas podía saber cómo funcionaba el sistema de tuberías para acoplar en ellas el depósito de ácido sulfúrico. Por otra parte, las que yo he conocido a través de los ficheros, se encontraban para entonces en lugares donde no podían hacer nada contra Bertone. Tres hombres de mi grupo están comprobando las coartadas, y todas, por el momento, son impecables.

El capitán movió la cabeza con desesperanza, pero aún tenía una bala en la recámara. Musitó:

—¿Mónica?

—Mónica podía odiar a Bertone —dijo, suavemente, Lane—, pero tenía motivos para no desear su muerte al menos ahora. Estaba sacando bastante dinero de la organización y se había situado en un punto muy elevado de ésta. Bertone la humillaba y la hacía revolcarse a sus pies siempre que a él le daba la gana, pero todos los demás la temían y la respetaban. De todos modos reconozco que era la única persona que podía obtener un beneficio con esa liquidación, ya que conoce muy bien las entretelas de los negocios. Con un poco de suerte y de audacia, puede ser ella la sucesora de Luigi Bertone.

—Pues entonces ya tenemos un camino de partida...

—Lo tenemos, pero no es demasiado fácil seguirlo —explicó

Lane—. He estado haciendo comprobar todos los movimientos de Mónica Cronwell en los días que precedieron a la muerte de Bertone, y no creo que pudiese hacer nada, directamente. Reconozco que en ella puede estar la clave, pero no le encuentro sentido a la situación. Dejando aparte el odio que pudiera sentir hacia el tipo que la humillaba, es evidente que con la muerte de éste perdía muchas cosas. ¿Y qué ganaba? Aparentemente, nada. He dicho que quizá se haga con los negocios, pero se trata de una simple eventualidad. No había motivo para que Mónica Cronwell jugase tan fuerte.

El capitán Frideman hizo un gesto de desesperanza. Mientras sus ojos se entornaban, dijo a media voz:

—¿Pero entonces... quién acabó con ese hombre? ¿Y por qué? ¿Quién obtenía un beneficio? ¿Y cuál es ese beneficio? ¿PARA QUE HA SERVIDO LA MUERTE DE BERTONE?

Lane no supo contestar. La verdad era que se había hecho docenas de veces aquella misma pregunta y no encontraba ninguna respuesta.

Quizá la respuesta no existía.

O quizá había que buscarla en lo más profundo del infierno.

Habían matado a Bertone, pero en realidad... *¿por qué?*

Lane se puso pesadamente un cigarrillo entre los labios, pero maldito si se acordó de encenderlo.

## CAPÍTULO X

Subió otra vez la suave colina que llevaba a la tumba y vio las piernas succulentas de la mujer. Gina seguía vistiendo de luto, lo que daba a su figura una distinción y una elegancia que pocas mujeres tenían. Además, a Lane le gustaban las chicas así, con aquel tipo, con aquel poco de tristeza, con aquella mirada. No podía evitar sentir ante ella una turbación que venía de lo más profundo de su sensibilidad, de modo que la siguió mirando con fijeza mientras llegaba a su altura.

Gina se volvió, de pronto, al oír el rumor.

Dijo, con voz ahogada:

—Otra vez tú...

—Quería comprobar que seguías en la ciudad —dijo, quedamente, Lane—. Solamente he venido por eso.

—¿Qué pasa? ¿Es una vigilancia?

—No, de ninguna manera. Puedes interpretarlo como un deseo de que no te ocurra nada malo en un sitio donde apenas conoces a nadie.

—No necesito protecciones —repuso ella, casi con sequedad.

Lane no contestó. Miró un largo momento la lápida color rosa y las flores. Luego se encogió casi imperceptiblemente de hombros, mientras musitaba:

—Son bonitas...

—Las mejores que he encontrado.

—Se las traes cada día, ¿no?

—Cada día —reafirmó ella.

—Y cuando tú llegas, los empleados del cementerio ya han retirado las anteriores, por lo que se ve.

—Sí —murmuró Gina—, y creo que es un detalle de buen gusto, puesto que así solamente hay flores frescas.

—Cierto, pero ¿por qué se las traes?

—Quizá porque no se debe olvidar a los muertos.

—¿Ni siquiera a los que no merecen un recuerdo?

—Eso es cosa mía. He reflexionado y he pensado que, al fin y al cabo, Luigi Bertone ya pagó sus culpas. Es justo y es cristiano que ahora se tenga un poco de caridad con él y se le dedique un recuerdo.

Lane intentó sonreír alentadoramente, pero no pudo. Aquello *no le salía*.

—Buena chica —fue todo lo que dijo.

—Vengo aquí, dejo las flores, rezo un minuto y me marcho —suspiró ella—. Me siento mejor después de haberlo hecho.

—Lo comprendo muy bien, Gina.

—¿De veras no es esto una vigilancia?

—No, no, te aseguro que no...

—¿Pues por qué has vuelto?

—Debe ser porque...

Se detuvo. Dejó de mirarla porque pensó que iba a decir una estupidez. Ella insistió, con voz queda:

—¿Por qué?

—Debe ser porque me gustas.

Ya estaba dicho. Podía ser una equivocación pero había surgido de lo más profundo del corazón de Lane y ya pensaba volver atrás. Mientras dirigía una última mirada a las flores depositadas sobre la tumba, añadió:

—Te equivocarías si pensaras que te digo esto sólo para que tengas confianza en mí. Al contrario, es una de las pocas verdades que he dicho en mi cochina vida, aunque a los dos nos sirva de bien poca cosa saber eso: saber que me gustas y que dentro de pocos días te dejaré de ver para siempre. Para llegar a este resultado hubiera preferido no conocerte.

Ella volvió la cabeza y no contestó. Si aquellas palabras le habían impresionado, no lo demostró en absoluto. Lo único que hizo fue dar media vuelta y empezar a descender la suave colina, mientras les envolvía, casi como una obsesión, el silencio del inmenso cementerio.

Mantuvieron aquel silencio hasta la puerta. El prehistórico coche de Lane estaba allí, con un cilindro saliéndole casi por debajo del cárter. Se detuvieron y fue Gina la que dijo, mirándole a los ojos:

—Quisiera olvidar todo esto, Lane.

—¿Incluso lo que te he dicho yo?

—Incluso lo que me has dicho tú.

—No resulta muy alentador para mí —susurró el teniente, encogiéndose de hombros—, pero si he de confesarte la verdad te diré que hay algo más detrás de todo esto: hay algo en ti, que me obsesiona.

Gina le miró con curiosidad.

—¿Qué? —preguntó.

—No sé, no tiene sentido.

—Algún sentido tendrá, puesto que lo has pensado. ¿Qué es?

—Puede no ser nada —murmuró Lane—. ¿No has pensado tú a veces cosas *que no son nada*? Ni siquiera sé explicar de qué se trata, pero si tuviera que resumirlo en dos palabras diría que mataron a Bertone porque venías tú.

Gina tuvo que parpadear y le miró de soslayo, con recelo; un poco como si estuviera mirando a un loco. Mientras sus labios temblaban, musitó:

—En mi vida he oído una cosa con menos sentido que ésa.

—Ya te he dicho que era una simple sensación, y las sensaciones no siempre tienen lógica. A veces, cuando pienso en todo esto, te veo siempre a ti al fondo de esos pensamientos. Quizá hay algo que tú ignoras y que sin embargo es la razón por la que Bertone murió.

Ella seguía mirándole como si estuviera ante un loco. Mientras movía la cabeza negativamente, dijo:

—Absurdo. Nadie sabía que iba a venir yo.

—¿Nadie?

—Bueno, lo sabía tío Luigi, lo sabía Mónica Cronwell, lo podían saber, también, algunos de los esbirros que trabajaban con ellos... Pero hubiera sido una cosa sin sentido montar un crimen pensando en mi llegada. ¿Por qué razón iba alguien a hacer eso? ¿Qué importancia tengo yo? ¿Qué pinto en todo esto, si ni siquiera me acordaba de la cara que tenía Bertone?

Lane dijo, con impotencia:

—No lo sé.

—¿Pues por qué has pensado esa cosa tan ridícula?

—Uno no siempre es responsable de sus pensamientos. Hay cosas que se te meten en el cerebro y no sabes por qué. Me gustaría

olvidarlo, pero hay otra cosa que liga con ésa y a la que he estado dando cien vueltas sin ningún resultado.

—¿Cuál?

—Nadie sabe, realmente, por qué mataron a Bertone. He seguido todos los caminos lógicos y todos me han conducido a un callejón sin salida. Esa muerte no parecía interesar a nadie ni beneficiar a nadie. Tampoco puedo creer que toda esa tramoya la haya montado un loco sólo porque sí, sin pensar en las consecuencias.

Se habían detenido junto a la puerta del cementerio, frente a la carretera por la cual pasaban raudos los grandes *trailers* de carga. La ciudad se vislumbraba a lo lejos como envuelta en una neblina gris. El teniente Lane se volvió a subir un poco las solapas de su tronado gabán, mientras gruñía:

—Si supiera por qué razón hubo de morir Bertone creo que daría con los asesinos, pero esa razón es la que me falta. En fin, quizá no valga la pena seguir pensando en ello.

Fue a dirigirse a su último modelo sin mirar a la muchacha. Parecía tener un interés especial en no verla; en no sentir el extraño hechizo de su presencia. Pero cuando había dado dos pasos, ella le llamó:

—No he tenido ninguna relación con este asunto —dijo—. Puedes quitártelo de la cabeza, Lane. Antes, cuando tío Luigi estaba vivo, no tenía apenas trato con él, y ahora que está muerto la única relación consiste en el ramo de flores que le traigo todos los días. No creo que eso haga pensar que alguien cometió el crimen pensando que yo iba a venir a Estados Unidos.

—Es cierto —reconoció él—, cada vez me voy dando más cuenta de que es una perfecta tontería.

Pero sabía que aquella tontería no iba a poder olvidarla y que le seguiría obsesionando, como le seguiría obsesionando la belleza de la mujer. Aquella belleza era como una maldición que le impedía ver las cosas con claridad porque ya se le había metido en la sangre.

—Supongo que tienes coche —dijo.

—Sí; está allí.

—Lo siento, me hubiera gustado acompañarte.

Y se alejó entre una nube de humo mientras el tubo de escape casi arrastraba por los suelos. El motor empezó a hacer tanto ruido que, con un poco de suerte, hubieran podido alquilarlo para hacer

el papel de una locomotora en una película del Oeste.

Quizá se lo hubieran pagado bien, pero el teniente Lane no tuvo esa suerte. Lo único que consiguió con tanto humo, fue que un policía de tráfico le pusiera una multa.

## CAPÍTULO XI

Mónica Cronwell estaba teniendo mucho trabajo durante aquellos días. Utilizando las líneas aéreas interiores de Estados Unidos, cuya frecuencia permite emplearlas como autobuses dentro de una ciudad, había ido a San Francisco, a Las Vegas, a Detroit, a Chicago, a Florida, a Atlanta y a Dallas. A veces, en un mismo día, utilizaba tres aviones y se trasladaba de un lado a otro del país. Tenía conferencias semi secretas y volvía a emprender el vuelo.

Por descontado, sabía dos cosas: primera, que su línea telefónica estaba intervenida por la policía, pese a ser eso contrario a la ley. Segunda, que cada uno de sus viajes era seguido atentamente por una nube de sabuesos, pues continuaba siendo la principal sospechosa de la muerte de Luigi Bertone. Apenas tomaba un avión para una ciudad, la policía de esa ciudad era alertada y resultaba completamente imposible esquivarla. De cada uno de sus pasos se radiaba un informe.

Pero había cosas que la policía no podía controlar, y eran las llamadas que ella hacía desde las cabinas interurbanas situadas en las poblaciones, aunque la verdad era que los polizontes utilizaban el sistema de una cámara de cine con un teleobjetivo de la máxima perfección, para ir filmando los números que marcaba y hacer una investigación sobre ellos muchas veces obtenían buenos resultados con eso.

Aquella noche, sin embargo, desde una cabina situada en Commerce Street, en Dallas, la preciosa mujer hizo una llamada a larga distancia que la policía no pudo controlar. Mónica empleó el sistema de poner la mano izquierda delante del dial mientras su derecha iba marcando los números. Por supuesto que los técnicos de la policía tratarían de obtener algo en limpio por la velocidad de su dedo derecho, lo cual les indicaría lo que había tardado el dial en volver a su posición, pero ella entretuvo, también, el dedo algunos

instantes para dar sobre una pista falsa.

Estaba, por tanto, completamente segura de que nadie había podido controlar aquella llamada cuando una voz metálica le contestó desde el otro lado del cable:

«Cada hombre en su tumba».

Mónica Cronwell sabía que, a partir de aquel momento, podía hablar. Con voz perfectamente clara dijo:

—La policía me sigue controlando. Sospecho que el teniente Lane sigue otras pistas, pero, de momento, continúo siendo yo la principal sospechosa. Mientras tanto estoy haciendo que la muerte de Luigi Bertone me beneficie.

Dejó una pequeña pausa y continuó:

—La organización que él tenía y los negocios que controlaba no pueden perderse. Yo los conozco bien, de modo que estoy asumiendo su control. Estos días me entrevisté con los principales jefes de grupo de cada ciudad y trazamos planes para acomodarnos a la nueva situación. Todos los negocios de Bertone, prácticamente todos, van a pasar a estar bajo mi control en unas pocas semanas. Algunos no los podré mantener porque para ello haría falta una influencia política que él tenía y yo no tengo, pero procuraré conservarlos el máximo tiempo posible.

Dejó otra breve pausa mientras oía el levísimo sonido de la cinta magnetofónica que estaba grabando el mensaje al otro lado del cable. Transcurridos aquellos cortos instantes murmuró:

—Cuando yo acepté el papel que me correspondía jugar en este asunto, acordamos que los beneficios marginales de la muerte de Luigi Bertone serían para mí. Ahora mi papel ha terminado por completo, y por lo tanto éste es el último mensaje que paso. Pero quiero que quede bien claro que no admitiré ninguna clase de injerencias en los asuntos de Bertone que ahora pasarán a estar bajo mi control.

Y colgó.

Se sentía más tranquila después de eso. Las cosas habían estado claras desde el principio entre ella y la persona con la que se alió para cometer el crimen, pero ahora estaban mucho más claras aún. Abandonó la cabina y se dirigió pensativamente hacia su coche, alquilado pocas horas antes.

Cierto que aquella persona que tenía grabados los mensajes con

su voz, podía entregarlos a la policía y hundirla a ella, o quizá hacerle *chantage* en el futuro, pero no le convenía. Mónica Cronwell poseía un número de teléfono, y por ese número de teléfono se podían encontrar muchas otras cosas. Si la atacaban, ella también atacaría, pero estaba segura de que eso no iba a ser necesario.

Todo estaba bien terminado.

Podía olvidarse, en cierto modo, de la muerte de Bertone.

Se introdujo en el coche, dio contacto y rodó hacia el aeropuerto. Había terminado su trabajo en Dallas y le quedaba tiempo para tomar el último avión de la Eastern que salía hacia Washington. Mientras tanto, iba pensando en la serie de actividades que aún tenía que desarrollar allí.

Ver a algunos personajes políticos, repartir propinas, alternar con los agentes que iban a distribuirse por todo el país... Una jornada agotadora, en suma, pero muy beneficiosa.

La carretera estaba solitaria y tranquila. La noche era fresca. En el firmamento brillaba una luna casi espectral, una luna que lo teñía todo de blanco y se metía en los ojos como una amenaza.

La hermosa mujer sintió un cosquilleo en la espalda. Tonterías.

Se encogió de hombros.

Pero, de todos modos, redujo algo la marcha y miró por el retrovisor. Había tenido la absurda sensación de que algo se estaba moviendo a su espalda, en la parte trasera del coche.

¿Por qué se acordó, entonces, de Luigi Bertone? ¿Por qué tuvo la absurda sensación de que él *podía volver*?

Era ridículo.

Sólo de pensarlo tuvo, incluso, una sensación de que iba a echarse a reír.

Y, sin embargo, seguía sintiendo aquel raro cosquilleo en la espalda. Su instinto le estaba advirtiéndole que algo raro ocurría allí, que un aire estremecedor flotaba en torno suyo. *Y que un aliento llegaba a su nuca.*

Volvió a mirar por el retrovisor.

Nada, no se veía nada.

Y, de repente, volvió la cabeza del todo mientras frenaba el coche en la carretera solitaria. La sensación de que había alguien a su espalda se le había hecho insoportable.

Fue entonces cuando lo vio.

Estaba junto a ella.

La cara de Luigi Bertone.

La cara del muerto.

Fue entonces cuando lanzó un grito de agonía que se perdió en la noche.

Porque Luigi Bertone... ¡estaba allí! ¡Buscándola!

## CAPÍTULO XII

El grito de terror se repitió. Todo aquello era increíble, porque ella había asistido al entierro de Bertone y porque la cara de éste aparecía en estos momentos entera y no deshecha por los ácidos, como había quedado al morir. Pero Mónica Cronwell no tenía tiempo de pensar, no tenía ni siquiera fuerzas para gritar más, mientras todas sus ansias, todos sus nervios, toda su voluntad la impulsaban a salir de allí. A huir.

¡A salir de aquella especie de tumba!

Logró abrir la portezuela y saltar a la deriva, mientras volvía a gritar, sin darse cuenta de que los focos lanzados a gran velocidad la deslumbraban. El vehículo que iba a pasar reglamentariamente por la izquierda a aquel extraño coche parado en la carretera, no pudo ya frenar. El cuerpo de Mónica fue alcanzado de lleno y salió despedido por el aire, mientras se oía en la noche un ronco gemido de muerte.

Aquel cuerpo salió despedido a casi diez yardas de distancia y quedó destrozado sobre el asfalto. Mientras tanto, la portezuela posterior derecha se abrió y una figura humana se deslizó hacia el exterior, perdiéndose silenciosamente entre las sombras. Un segundo después, ya no quedaba rastro de su presencia.

El conductor del coche que había causado la muerte de Mónica, se detuvo aturdido, sin saber lo que pasaba. Lo que menos podía entender en el mundo era cómo aquella mujer había aparecido de pronto ante sus faros, enloquecida, justo cuando él hacía señales para indicar que iba a pasar. Sólo una explicación había, y era que alguien la hubiese estado amenazando desde el interior del vehículo.

Aquel hombre metió la cabeza en el coche, pero vio que ya no había nadie. Con una sensación de angustia clavada en la garganta, volvió junto a la mujer.

Ya nada podía hacer por ella, puesto que el choque la había destrozado por completo. Dejó el coche con todas las luces encendidas para que cualquiera que llegase por la carretera se diese cuenta de la anormalidad, y corrió hacia una estación de servicio que había quedado media milla más atrás, y desde la que podría avisar a la policía.

Pero estaba seguro de que la policía se encontraría tan perpleja como él y que acabaría pensando lo que él pensaba ya: que aquella extraña mujer la había matado el diablo.

El teniente Lane recibió la noticia, transmitida desde Dallas, cuando estaba aún en su oficina de la Metropolitana, con los pies sobre la mesa y leyendo por enésima vez todos los informes que le llegaban de los distintos patrulleros esparcidos por la ciudad. Todos los informes indicaban que la red de los negocios de Bertone volvía a funcionar porque Mónica Cronwell la habían estado poniendo en marcha. Desde diversos centros locales de la policía se le indicaba que la misma Mónica se movía incansablemente y que, sin duda, era ella la que sucedería a Bertone en aquel imperio del delito.

Lane intentaba ordenar sus pensamientos.

Ésa podía ser una explicación de la muerte de Bertone, al fin y al cabo, puesto que Mónica le podía haber liquidado para quedarse con las inmensas riquezas que el negocio proporcionaba. Pero, de repente, la muerte de Mónica echaba toda aquella teoría por tierra. De nuevo volvía a estar como al principio.

Telefonó a Dallas para ampliar datos. Lo primero que quiso saber fue si realmente Mónica había muerto en un accidente de carretera; un accidente que pudiera considerarse casual.

—En cierto modo así fue —le respondió su interlocutor—, pero hay algo que no concuerda. Ella huía de su coche, y estaba tan aterrorizada, que no se dio cuenta de que se metía bajo las ruedas de otro. Para nosotros está claro que alguien la amenazaba, pero no sabemos quién. Los expertos están, ahora, comprobando todas las huellas de la zona.

—¿O sea que la persona que asustó a Mónica Cronwell pudo huir por uno de los lados de la carretera?

—Eso es lo que pensamos. Es una posibilidad.

—Gracias. Le volveré a llamar dentro de una hora.

Lane colgó y dejó que su mirada vagara por la estancia. La luz

cruda que caía desde el techo tenía, para él, un peso de plomo. Nuevamente se dio cuenta de que no había adelantado un solo paso y de que estaba como al empezar. A Bertone no lo había matado Mónica Cronwell, y en el caso de que lo hubiera hecho, actuó por orden de alguien que estaba encima de ella y que en un momento determinado la eliminó para evitar indiscreciones o tal vez un *chantage*. Eso indicaba que Mónica sabía algo de aquella persona que estaba por encima de ella. Que poseía un nombre, unos datos, una dirección; tal vez un simple número de teléfono. Él debía averiguarlo.

Aún salía un avión para Dallas, y tomó pasaje en el último minuto. Horas después, ya casi al amanecer, pasaba junto al clásico monumento del pistolero *sacando* y que está dedicado a los *Rangers de Texas*, y se dirigía a la central de la policía de la ciudad. Los agentes de turno, agotados por un día de líos y de violencias, dormitaban con las botas sobre la mesa. Sólo el hombre que se encargaba del caso de Mónica Cronwell estaba bien despierto y examinando un paquete de fotografías con huellas.

Al principio, pensó que Lane era un pordiosero.

Su raído gabán daba lástima.

—¿Cómo le han dejado entrar aquí? —preguntó.

—Enseñando la documentación.

—¿Qué documentación?

—Soy el teniente Lane, de la Brigada de Homicidios de Nueva York.

El otro le miró, todavía con recelo, por encima de la montura de sus gafas.

—Oiga, compañero, en confianza... —musitó—. ¿Ha cobrado ya este mes?

—Sí, ¿por qué?

—No, por nada... —El otro había vuelto a mirar su gabán—. Siéntese, teniente. Usted ha hablado antes conmigo sobre lo de Mónica Cronwell.

—Sí.

—Estaba examinando las fotografías que se han obtenido hace precisamente unos minutos de los moldes sacados por los expertos al borde del camino. Por eso estoy en situación de darle algunas explicaciones más completas, ¿sabe? En efecto, alguien que estaba

en el interior del coche de Mónica huyó luego por la derecha de la carretera, escondiéndose en la espesura y largándose luego.

—Pero no hizo nada contra Mónica...

—No.

—Entonces, ¿por qué huía ella?

—No lo sé —dijo el policía de Dallas—, aunque supongo que esa persona, fuera quien fuera, le inspiraba un terrible miedo.

Lane miró las huellas.

Otra vez tenía aquella sensación de que la cabeza le daba vueltas, aquella extraña sensación de vértigo.

—Hay algo curioso en ellas —musitó.

—¿Lo ha notado ya? —susurró el investigador de Dallas.

—Sí: los pasos no son uniformes. Eso significa que los zapatos vacilan un poco. Lo cual quiere decir que no encajaban bien en el pie. Lo que a su vez quiere decir que esa persona usaba unos zapatos mayores de lo que correspondía a su talla.

Hizo una pausa, y añadió:

—Sin embargo la medida de los zapatos es normal. Corresponde a un pie de hombre, teniendo en cuenta las huellas que son habituales en este país.

El hombre de Dallas le miró fijamente.

—Siga pensando, Lane —musitó.

—Es sencillo. La conclusión llega enseguida: la que se puso los zapatos de hombre era una mujer.

Y volvió a sentir vértigo. Frío en los huesos. No había por qué.

—Pero una mujer no tenía por qué darle miedo —musitó, al cabo de unos instantes—. Es inexplicable...

Se puso en pie y anduvo de un lado a otro del vacío despacho. La luz turbia del amanecer le envolvía. Lane estaba agotado, pero no lo notaba. En este momento sólo existía su cerebro con sus malditos pensamientos.

—Seguiré esa pista —bisbiseó.

—¿Qué pista?

—La de una mujer que hubiera podido ponerse sobre la cara una mascarilla de plástico muy bien hecha. Una mascarilla casi perfecta y que imitase admirablemente la cara de Luigi Bertone.

Y salió de allí, subiéndose maquinalmente las solapas del gabán. Pero notó que a una de ellas le faltaba casi un pedazo. Se la había

ido quemando con la punta del cigarrillo, sin darse cuenta.

«¿A ver si por un descuido de esa clase tendré que cambiarme el gabán y tirar éste? pensó. Sería una lástima. ¡Está casi nuevo!...»

## CAPÍTULO XIII

Dallas es una tierra caliente, pero Lane sintió frío en aquel turbio amanecer. Dallas es tierra de mujeres ardientes y de hombres con el gatillo fácil (y si no que se lo pregunten al presidente Kennedy), pero Lane no pensó eso ni siquiera durante un segundo mientras atravesaba por delante del famoso almacén de libros desde el que había disparado Oswald... si es que realmente Oswald disparó alguna vez. Porque, de repente, Lane sentía frío no sólo en la piel, sino también en el alma. Porque de repente, Lane sentía que le costaba andar. Porque, de repente, sus ojos se habían extraviado ante aquella luz lechosa y turbia.

Creía oír una voz.

Una voz infinitamente lejana.

Se apoyó en una pared y tuvo una especie de náusea. ¡Infiernos!

La claridad era tan siniestra que le obligó a hacer una mueca y a cerrar los ojos. Porque recordaba la voz lejana, porque otra vez volvían a estar en sus oídos las palabras de la mujer:

—Ahora vivo de pintar caretas para disfraces... Caretas para disfraces... CARETAS PARA DISFRACES... Caretas para...

Otra vez la náusea.

Era el único fallo que había cometido Stella Waxman, la viuda del general. Su único error, pensando que él no retendría aquellas palabras, al parecer sin importancia. Y era verdad. Él no las había retenido hasta ahora. Las hubiese olvidado para siempre, de no ser por la muerte de Mónica, porque sólo podía haberle asustado de aquel modo una mujer que llevase un arma o una mujer que llevase una careta terrorífica. Pero una mujer llevando un arma hubiese disparado seguramente, mientras que una mujer llevando una careta terrorífica no hubiera tenido necesidad de hacerlo. Saliendo de detrás cuando muy a lo lejos se distinguieran las luces de otro coche, tenía todas las probabilidades de provocar un accidente en el

que Mónica muriese.

Lane casi se tambaleó.

Sus propios pensamientos le abrumaban.

Tomó un taxi.

—Al aeropuerto —dijo, con voz sorda.

—Págume por adelantado, macho —dijo el taxista con voz más sorda todavía.

Mientras rodaban por las calles aún casi desiertas, Lane siguió hundido en aquellos pensamientos que le torturaban. Ahora, de pronto, comprendía que sólo Stella Waxman pudo idear aquel truco para acabar con una cómplice ya demasiado molesta como era Mónica Cronwell. Seguro de que ella había ordenado a Mónica Cronwell que liquidara a Bertone. ¿Pero por qué? ¿Es que se mata a alguien por nada? ¿Cuál era la causa?

Lane había cerrado los ojos.

Sus pensamientos volaban. Seguían haciéndole daño.

La causa también estaba clara en estos momentos, y lo estaba, precisamente por el largo vuelo sin motor que desde la ventana de un rascacielos emprendió el desdichado general Waxman. Porque cuando se arrojó desde allí, en un impulso de locura. Waxman ya sabía, sin duda, quién se había hecho con los documentos que estaban a su cargo. La única persona que tenía una cierta facilidad para hacerlo, puesto que él los había tenido en su casa antes de guardarlos. Una esposa demasiado ambiciosa para conformarse con un sueldo fijo y con una posición social más bien mediocre, cuando con sólo unas fotocopias bien hechas había millones a ganar...

Llegaban ya al aeropuerto. Lane sentía, aún, aquella contracción en la garganta.

Sus pensamientos seguían aullando. La inesperada muerte de Waxman, con la que Stella no contaba, complicó mucho las cosas, porque los de la CIA empezaron a hacerse, lógicamente, una colección de preguntas raras y ella se convirtió en una sospechosa. Todos los enlaces que podían comprar los planos, debieron ser vigilados tan estrechamente que resultó imposible utilizarlos... a menos que se ideara algo nuevo, algo que los agentes de la CIA no pudieran sospechar. Y una de las cosas que Stella había preparado eran las falsas deudas para fingir que estaba en la mayor pobreza, lo cual demostraba, de pasada, que no había vendido ningún

documento secreto. La otra cosa era... era...

Lane bajó como un sonámbulo del taxi, atravesó el aeropuerto y se metió en el primer avión de la mañana, con destino a Nueva York. Estaba tan distraído que se puso a fumar antes de que el aparato despegara, y cuando se encendió el aviso para que apagaran los cigarrillos, casi se lo tragó con ceniza y todo. Pero no se dio ni cuenta.

Subió el pequeño repecho que llevaba a la tumba de Luigi Bertone. Vio las piernas enfundadas en medias negras, la cintura estrecha, las caderas torneadas, las formas abundantes. Con los ojos entrecerrados, el maldito de Lane pensó que la maldita de Gina estaba muy, pero que muy buena.

Mal sitio un cementerio, para una chica así.

En un lugar tan serio, una chica tan apetitosa está perdiendo el tiempo.

Lane se situó tras ella. Por primera vez se atrevió a ponerle tímidamente las manos en la cintura. Ella no se movió.

Quizá lo había estado deseando. Quizá se sentía desesperadamente sola en la gran ciudad. Quizá se daba cuenta de que su vida empezaba a tener un sentido.

Él dijo sencillamente:

—Un consejo, Gina: No lles flores al muerto.

Y tomó las que estaban en la tumba. Las nuevas de aquel día.

Por supuesto, ya no estaban las del día anterior.

Ni las del otro.

Ni las del otro.

Ante la sorpresa de la muchacha, quitó la plata que envolvía los tallos. Buscó entre ellos con dedos hábiles. Y retiró el microfilm que era una parte de los planos, la parte que correspondía entregar aquel día.

Porque cada día era entregada una porción. Y Gina era la mano inocente, la única mano de la que la CIA no podía sospechar, y que la dejaba en el sitio convenido.

—¿Siempre las compras en el mismo sitio? —musitó—. ¿Quién te dio la dirección del florista?

—Mónica Cronwell. Y yo voy siempre al mismo porque las arregla bien y porque no conozco la ciudad para buscar otro. ¿Pero por qué...?

—Por nada —musitó Lane—. Sólo que a Mónica Cronwell le dijo otra mujer que hiciera eso. El floricultor es un enlace de una red de espionaje internacional que está muy vigilado y, por lo tanto, no puede sacar por sí solo la *mercancía* que tiene en su poder. Un solo fallo le costaría el dinero, la libertad y quizá la vida. Pero tú le sirves de vehículo, sin saberlo. Tú traes las flores aquí sin que nadie sospeche, y al final de la jornada el *comprador* las retira tranquilamente. Lo único que esos idiotas del contraespionaje no llegarían a sospechar jamás... Por eso te lo repito, Gina: Nunca lles flores a los muertos.

Y la sacó de allí. Gina estaba tan aturdida que casi se colgó de su hombro. Ahora había empezado a comprender y era una muchacha que necesitaba comprensión, cariño; una muchacha que necesitaba ayuda.

Lane susurró:

—¿Te atreves a subir en mi coche?

—Depende de adónde tengamos que llegar —contestó ella.

—A una joyería para ver si quieres aceptar el regalo de un anillo y a una cabina telefónica para llamar a los de la CIA —dijo Lane—. Me temo que alguien va a cumplir su setenta aniversario en una cárcel de mujeres, Gina, pero trataré de ayudarla. Cuando haga frío, le llevaré mi abrigo.

Y subieron los dos al bólido. Curiosamente, el motor funcionó esta vez.

Pero los dos asientos de delante se abatieron por sorpresa. Ya estaban para el arrastre. Aquello se convirtió en una especie de diván con techo.

Lane musitó, después del primer susto:

—Cada vez me cae más simpático este coche, nena. Me parece que, a este paso, no voy a telefonear a los de la CIA hasta muy tarde...

FIN



**YA ESTAN A LA VENTA  
LAS OBRAS INEDITAS DE**

**M. L. ESTEFANIA**

el famoso autor del género  
Oeste, que en calidad de

**NOVEDAD EXCLUSIVA**

publica

**EDITORIAL BRUGUERA, S.A.**

en sus colecciones

**CENTAURO y OESTE LEGENDARIO**

**APARICION SEMANAL. RESERVE SU EJEMPLAR**





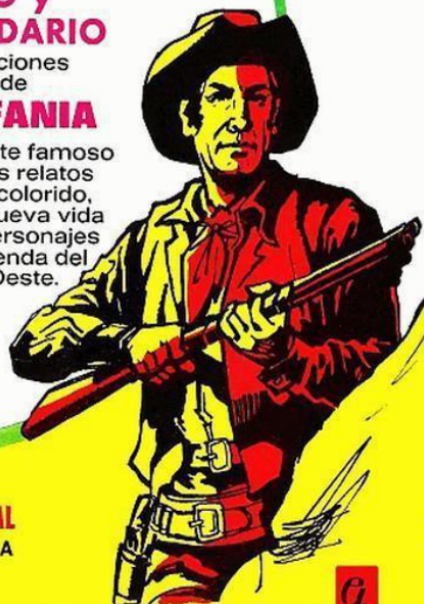
**DESDE AHORA**  
**EDITORIAL BRUGUERA, S.A.**  
publica en calidad de  
**NOVEDAD EXCLUSIVA**  
en sus series

**CENTAURO y  
OESTE LEGENDARIO**

las primeras ediciones  
de las obras de

**M. L. ESTEFANIA**

el autor mundialmente famoso  
que a través de sus relatos  
llenos de fuerza y colorido,  
ha sabido prestar nueva vida  
a los esforzados personajes  
que forjaron la leyenda del  
viejo y salvaje Oeste.



**APARICION SEMANAL**  
ASEGURE LA RESERVA  
DE SU EJEMPLAR

**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**  
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)



Impreso en España

**PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.**



## NOTAS

[1] La Legión Americana es una organización patriótica formada en su mayor parte por excombatientes. Son partidarios de la hegemonía norteamericana en el mundo, y su ideología es claramente derechista. (N. del A.). < <